



crimen fuera de temporada

keith luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

CRIMEN FUERA DE TEMPORADA

Colección PUNTO ROJO n.º 386
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B.29.463 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1969

© KEITH LUGER - 1969
sobre la parte literaria

© LUIS ALMAZAN - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.132. — Viuda joven necesita pistolero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

992. — El asalto más grande de la Historia.

En Colección BUFALO:

830. — La fiesta del plomo caliente.

En Colección SALVAJE TEXAS:

663. — Tormenta en Río Seco.

En Colección KANSAS:

561. — Érase una vez cinco forajidos.

En Colección BRAVO OESTE:

405. — Una rubia con zarpas.

En Colección PUNTO ROJO:

384. — Pasaré a matarla, a las 9.

En Colección CALIFORNIA:

652. — Larga huida hacia la muerte.

En Colección ASES DEL OESTE:

532. — Refugio de criminales.

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

CAPÍTULO PRIMERO

—Rex, ¿cuándo te vas a casar conmigo? —me preguntó Thelma Robbins.

Había elegido el momento adecuado. Al menos eso creía ella.

Thelma estaba tendida en el sofá de mi despacho. Yo la abrazaba y nuestros labios se habían unido por tercera vez.

Habíamos ido a cenar y luego la invité a subir a mi oficina para tomar un trago.

No hago con frecuencia eso. No soy ningún tonto, aunque a veces lo parezca.

Mi nombre es Rex Warner y soy detective privado. Se supone que debo saber mucho de cómo impedir que una mujer cace a un hombre para llevarlo al matrimonio.

Admito que había cometido un error al llevar a Thelma a mi despacho. Pero, damas y caballeros, tengo un atenuante.

Thelma es una hermosa pelirroja de veinticinco años, uno setenta de talla y con un cuerpo que habría servido para moldear «La Venus de Milo 1969», y sus curvas estaban bien a mi vista aquella noche. Para tal encuentro, Thelma había tenido la osadía de estrenar un traje de noche. Y qué traje de noche, hermano. Para describirlo, sólo se me ocurre decir que era un endiablado trozo de tela, que dejaba al descubierto la mitad de la superficie de Thelma, piel cremosa, trozos muy importantes de su anatomía que se desbordaban por los huecos. Y estoy dispuesto a jurar ante los Tribunales que había muchos huecos.

Mi respuesta a la pregunta de Thelma fue besarla con fruición. Sólo se me ocurrió eso para tapanle la boca y que no siguiese hablando.

Pero cuando una mujer está dedicada al trabajo de conquistar a un hombre, eso no basta, hermano.

—Rex, te he hecho una pregunta.

—Ah, ¿sí?

—No seas perro y dime si te gusto.

—Mucho —dije y, para probarle que me gustaba, la volví a besar.

—Rex, cariño, ¿no crees que serías feliz conmigo?

Es una pregunta de rigor. No se alarmen. Todas son así cuando salen de caza.

Entonces sonó el teléfono. Bendito seas, Graham Bell.

—Perdona —le dije.

Ella soltó un maullido de fastidio por la interrupción.

Yo salté del diván y me fui a la mesa, un poco tocado, tambaleante.

—¿Quién llama? —dije por el micro.

—Frank Howard.

—Sólo conozco a un Frank Howard y es un hijo de perra que me dejó a deber los últimos cinco dólares que le gané a los dados.

—Perdona, Rex. Te pagaré hoy mismo.

—Mándamelos por correo.

—No, Rex. Tengo que verte ahora.

Miré a Thelma. Se estaba pintando los labios, mirándose en un pequeño espejo. Se puso un mechón de cabello sobre el ojo derecho. Estaba afilando sus armas para el segundo ataque. Madre mía, la que se avecinaba.

—Frank, ¿dónde estás?

Era lo mejor que podía hacer. Largarme cuanto antes de mi despacho o Thelma no dejaría de mí ni los huesos.

—Te llamo desde el Motel Nacional, kilómetro doce de la carretera de la Costa. Estoy en el *bungalow* número 7.

—¿Por qué estás allí? Y no me digas que te gusta ver a las bañistas.

—No hay ninguna. Nadie se baña en febrero, y a las diez de la noche.

—¿Qué pasa, entonces?

—Rex, estoy en peligro.

No me extrañó que Frank estuviese en peligro. Se dedicaba a lo mismo que yo. Pero, como en todas las profesiones, hay muchas clases de detectives privados. Unos honestos, y yo creía pertenecer a esa clase, y otros eran unos puercos, y Frank era uno de los que

iban por ahí a cuatro patas. Se ocupaba especialmente de asuntos de divorcios y no le importaba aportar pruebas falsas de adulterio, la única causa por la que el Estado de Nueva York concede el divorcio con la facilidad que una máquina automática expende una Coca-Cola

o un paquete de tabaco, previo el depósito de las correspondientes monedas.

—¿Qué clase de peligro, Frank? —le pregunté.

—Me van a matar.

—Frank, no aguanto bromas a estas horas, y sobre todo lloviendo.

Thelma me sonrió desde el sofá. Arrugó la naricita y me mandó un beso.

—Por lo que más quieras, Rex —me suplicó Frank—. Estoy metido en un asunto muy grave. Te juro que me van a matar.

—¿Ya pediste el auxilio de la policía?

—No puedo. Tienes que ser tú... Rex, cuenta con cinco mil dólares.

Thelma se arrellanó en el sofá y me sacó la lengua haciéndome burla. Aquello fue decisivo. Se trataba de Thelma o de Frank.

—Está bien, Frank —dije—. Iré enseguida. No te muevas de ahí.

—Descuida, te esperaré. Pero date prisa.

Colgué y vi reflejado en el rostro de Thelma la mayor decepción.

—¿Te vas a ir de verdad?

—Sí.

—Al fin y al cabo, eres un perro.

—Nena, el deber me llama.

Saqué de la mesa la pistola con la funda sobaquera y me la coloqué en su sitio. Luego me puse la chaqueta.

Thelma se había puesto en pie y me miraba con los brazos en jarras. Estaba preciosa. Se disponía a lanzarme su última ofensiva de invierno. Vino hacia mí andando como una gata y, cuando llegó muy cerca, me pasó los brazos por el cuello con una gran lentitud.

—Rex, está diluviando.

—Sí.

—Y fuera hace frío.

—Sí.

—Pero aquí lo tienes todo.

—Todo —contesté como un sonámbulo.

Entonces ella hizo lo que yo estaba deseando que hiciera. Me besó.

Me quité de encima sus brazos, dos serpientes de cascabel, y la aparté de mí.

—Te llamaré cuando termine este caso, Thelma.

Era el mejor momento para escapar.

Abrí la puerta y ella seguía sin decir nada, como si estuviese en trance.

—Buenas noches, Thelma.

—Que te mates con el coche, maldito piojoso.

No, no estaba en trance.

Poco después, viajaba en mi coche modelo del año anterior.

Thelma había acertado. Diluviaba. Los limpiaparabrisas no eran bastante para apartar el agua que el cielo mandaba sobre la tierra. La marcha se hizo lenta.

Llegué a la costa y pude oír el fragor del mar.

Salí de la carretera por la desviación del kilómetro 10. Los faros de mi coche iluminaron varias casas. En ninguna de ellas había una maldita luz. Dejé atrás las casas y, un kilómetro más adelante, vi el cartel anunciando la proximidad del Motel Nacional.

Recorrí otros quinientos metros y mis faros alumbraron otro cartel. Frené bruscamente mientras soltaba una retahíla de juramentos. El cartel decía: «Motel Nacional, cerrado por fuera de temporada. Reapertura el 1º de abril».

¿Qué infiernos de broma me había gastado el bastardo de Frank Howard? Me lo imaginé borracho, haciéndome salir de mi despacho en una noche de perros como aquélla. Pero ¿cómo sabía Frank que a las diez de la noche me encontraría en mi oficina? Fue un argumento definitivo para que pusiese otra vez el coche en marcha hacia el *bungalow* número 7.

Al llegar lo vi envuelto en la oscuridad.

Salté y la lluvia me azotó. La cochera estaba cerrada y no vi ningún auto en las proximidades.

Era una buena razón para que me hubiese metido otra vez en mi carro para ir al encuentro de Thelma. El frío me había agarrotado los miembros pero ya que estaba allí, decidí que Frank Howard tenía derecho a sacar todo el juego de su condenada broma.

Subí al porche, puse la mano en el tirador y me llevé la sorpresa porque la puerta no estaba cerrada con llave.

Pasé al interior, busqué el interruptor de la luz y lo hice funcionar. Vi a Frank Howard.

Estaba de bruces sobre el piso de madera, inmóvil. En la mesa había una botella de *whisky* y un vaso.

—¿Ya estás como una cuba, Frank?

No me contestó.

Fui hacia él, sintiendo un extraño hormigueo en el estómago.

—Frank —dije y le cogí la muñeca.

Estaba más helado que yo.

Pero el frío de Frank era el frío de la muerte.

Le di la vuelta y Frank me miró con sus ojos azules, pero sin verme.

A la altura del corazón tenía dos agujeros.

No, mi amigo no me había engañado. Me dijo que estaba en peligro de muerte y había acertado.

Saqué la pistola, por si el asesino estaba allí. Entré en un dormitorio. La cama estaba deshecha y observé algo en la almohada, dos huecos, como si dos personas hubiesen estado acostadas allí.

En la cocina tampoco había nadie, ni en el cuarto de baño. Busqué objetos, cosas que se hubiesen dejado, pero sólo encontré un recambio de cama.

Me incliné sobre el cadáver de Frank y le saqué la cartera. Husmeé en ella. Había recibos, facturas. Una carta del propietario de la oficina de Frank invitándole a pagar los tres meses que debía. Su carnet de conducir, su tarjeta de identidad como detective privado.

En eso se abrió la puerta y dos hombres entraron en la habitación.

Uno era muy grandote y el otro más bajo.

Se cubrían con trajes de buen paño.

Los dos se detuvieron observando el cadáver y mirándome a mí.

El grandote poseía un rostro como si se lo hubiesen hecho a trozos de barro. Fue él quien rompió el silencio.

—Se metió en un lío, amigo.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Quiénes cree que somos?

—No acostumbro a presumir de adivino.

—Policías. Somos policías. Y ahora dígame quién es usted.

—Rex Warner.

—¿Y qué hace cuando no mata a la gente? ¿O se dedica sólo a eso? A asesinar por encargo.

—Soy detective privado.

—Así que es un cerdo.

—Yo no dije eso.

—Está metido en un lío, Warner. ¿Quién es la víctima?

—Un colega mío. Frank Howard.

—Entiendo. Trabajaron juntos en algún cochino asunto los dos, y pelearon por intereses.

—No.

—Defensa propia, ¿eh? Ande, diga que fue eso. Que Frank trató de sacar su pistola y que usted le tomó ventaja.

—No.

—¿Qué va a decir entonces?

—Yo no lo maté y puedo probarlo.

—¿Qué prueba tiene?

—Llegué hace un momento.

—No sirve.

—Tengo otra, y es definitiva.

—Claro, cuando mataron a Frank usted hacía compañía a su mamá. Usted es el buen hijo que le cuenta fábulas a su mamaíta mientras ella le teje un jersey.

—No es ésa la coartada.

—Suéltela de una vez.

—Tengo la pistola en la funda sobaquera. No ha sido disparada. Pueden comprobarlo.

El grandullón miró a su compañero, que no había abierto la boca hasta entonces.

—¿Lo creemos, muchacho?

El otro se encogió de hombros.

—Puede ser.

El grandullón clavó los ojos en mí.

—Está bien, Warner. Es su noche de suerte. Lárguese.

—¿Acepta mi explicación?

—Claro. ¿Es que no ha oído? Vamos, hágase humo. No di un solo paso hacia la puerta para largarme.

—¿Qué clase de policías son ustedes?

—No siga por ese camino, Warner.

—Todavía no dijeron sus nombres ni su graduación. El grandullón levantó el brazo y me señaló.

—¿Quiere que lo meta en el lío o que lo saque de él?

—No estoy metido en ningún lío, teniente. ¿O debo llamarlo sargento? ¿O es sólo un agente de tráfico que se puso de civil para divertirse?

—Cuidado, Rex, se está manchando.

—¿Por qué? ¿Por insultos a la autoridad?

—Sí, por eso.

—¿Cómo llegaron hasta aquí?

—Sería mejor que no hiciese preguntas, Warner.

—Tengo que hacerlas. Frank Howard me llamó.

—También nos llamó a nosotros. ¿Le basta eso?

—No.

—¿Qué quiere más?

—Ver sus credenciales.

Se hizo una pausa en el *living* donde Frank Howard estaba durmiendo su último sueño, con los ojos abiertos.

—Es curioso, ¿eh?

—Sólo un hombre que duda.

El grandullón miró otra vez a su compañero.

—Tendremos que enseñarle las credenciales.

—Seguro, muchacho.

Los dos vinieron hacia mí. Los dos metieron la mano el bolsillo de la chaqueta. Los dos la sacaron con una cachiporra.

No me pillaron de sorpresa.

Burlé las dos cachiporras, un ejercicio muy rápido, y pegué al grandullón en el hígado.

El tipo lanzó un grito y cayó de rodillas.

Entonces el pequeñajo me cazó tras la oreja. Fue un golpe fortísimo y sentí todo el dolor del infierno.

Me revolví para hacerme cargo del hombre poco hablador pero me volvió a cazar, ahora en la sien.

Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y me sumergí en una

noche fría y oscura.

CAPÍTULO II

Alguien me estaba abofeteando. Oí una voz.

—Está borracho, Lou.

—Como una cuba, Bill. Se le salió el *whisky* hasta por las orejas.

Terminé de despertar. Estaba metido en mi coche, delante del volante. Un hombre se inclinaba sobre mí y era el que me daba las bofetadas.

No, el individuo no era ninguno de los hombres con los que hablé en el *bungalow* número 7 del Motel Nacional.

Éste era un auténtico policía porque llevaba uniforme.

Una luz roja me hizo daño en los ojos. Entonces lo comprendí. A la derecha había un coche de la policía, un patrullero de carretera. Y aquellos dos tipos, Lou y Bill, eran dos agentes que manejaban el auto.

Me habían sacado la cartera y el llamado Bill examinaba su contenido con la luz de una linterna.

—¿A qué no sabes quién es, Lou?

—Dímelo tú.

—Detective privado. Se llama Rex Warner y tiene su cochina pocilga en la calle 32 Este, número 1384.

—Estos tipos están locos por conducir borrachos.

—Vamos a darle un escarmiento.

Tenía la sensación de que mi boca estaba llena de serrín, los labios pegajosos.

—No van a ganar una medalla por este trabajo, hermanos —dije.

—Eh, Lou, sabe hablar.

—No estoy borracho —proteste.

—Eso lo dirá en la comisaría.

—¿Por qué en la comisaría?

Bill soltó una risita irónica.

—¿Para qué cree que estamos de servicio, señor Warner? A

nosotros también nos gustaría estar en casa en una noche como ésta. Pero nos pagan para obligar a que se cumplan las reglas de tránsito.

—¿Y quién dice que yo no las cumplí?

—Está borracho.

—¡No lo estoy!

—Apesta a *whisky*.

—Me lo tiraron encima.

Ellos tenían razón. Mis ropas desprendían el olor característico del *whisky*.

—Vendrá con nosotros, señor Warner y será mejor que no ofrezca resistencia o empeorará su situación.

—Quiero contarles algo.

—En la comisaría.

—Quiero que sea aquí.

—Se la ganó, Warner. Resistencia a la autoridad. Siga hablando y le cuesta la licencia.

—¿Con quién hablaré en la comisaría?

—Con el teniente Ritter.

—Muy bien, iremos allí.

—Buen chico.

—Vayan delante. Yo los seguiré.

—No puede conducir. Lou se encargará de eso. Usted viene conmigo en el coche patrulla. Y no discuta. Es una orden.

No discutí. Bajé de mi coche y mientras lo hacía me toqué el lado donde debía tener la funda. Ya no estaba allí. Me habían quitado la pistola. Aquel asunto iba de mal en peor cuando apenas se había iniciado.

Primero me había encontrado con unos falsos policías y ahora con unos auténticos policías. Pero todos estaban contra mí.

La comisaría no estaba lejos y llegamos enseguida.

El teniente Ritter era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Estaba leyendo un periódico detrás de una mesa. Al vernos entrar nos dirigió una mirada.

Bill dio la vuelta a la mesa y se inclinó sobre el teniente. Le habló al oído. Sólo distinguí algunas palabras, como Warner y *whisky*.

Bill terminó su relato y Ritter me dedicó más atención.

—¿Qué hacía por estos andurriales a estas horas de la noche, Warner?

—Podría decirle que me gustan las tormentas. Ser azotado por la lluvia. Pero prefiero decirle otra cosa.

—¿Por ejemplo?

—Se cometió un homicidio, teniente. Puede que un asesinato.

—Sigue borracho —puntualizó Bill.

Yo no aparté los ojos del rostro del teniente y moví la cabeza en sentido negativo.

—No, teniente, no lo estoy. Me golpearon.

—¿Quién le dio esos golpes?

—Dos hombres que se hicieron pasar por policías. Puede que hayan sido los asesinos.

—¿Los asesinos de quién?

—De Frank Howard, un colega mío.

—¿Y dónde está Frank Howard?

—La última vez que lo vi estaba en el *bungalow* número 7 del Motel Nacional.

—¿Se refiere al Motel Nacional de Bay City?

—Sí, teniente.

Bill se echó a reír.

—Teniente, el Motel Nacional está cerrado por fuera de temporada y no lo abrirán hasta el uno de abril.

—El *bungalow* número 7 estaba abierto —le contradije—. Y allí mataron a Frank Howard.

—Teniente —rezongó Bill—. Lou y yo nos detuvimos allí hace dos noches. Ya sabe, por si algún vagabundo se había metido en uno de los *bungalows*. A veces lo hacen. El señor Mac Hugh nos rogó que nos diésemos una vuelta por allí de vez en cuando. Y todos los *bungalows* estaban cerrados con llave, ¿verdad, Lou?

Lou hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué dice ahora, Warner? —preguntó el teniente.

—Vi a Frank Howard muerto. Le metieron dos balas en el pecho.

—¿Y quién le dijo que lo habían matado?

—Nadie. Frank Howard me llamó a mi oficina.

—¿Cuándo?

—Más o menos a las diez.

—¿Y qué le dijo?

—Que estaba en peligro de muerte.

—¿Por qué?

—No me lo contó.

—¿No le dijo nada?

—Nada. Todo me lo explicaría cuando yo llegase.

El teniente Ritter tabaleó en la mesa.

—No le creo una palabra, Warner, pero iremos a ése, *bungalow*.

—Teniente Ritter —dijo Bill—, el señor Mac Hugh se va a enfadar mucho si le descerrajamos una puerta.

—Habla con Mac Hugh, Bill. Quiero que esté allí cuando nosotros lleguemos.

—¿Sacarlo de casa en una noche como ésta por un borracho detective privado?

—No discutas, Bill. Llámalo.

—Como usted quiera, teniente.

Veinte minutos más tarde llegamos al *bungalow* número 7, donde había sido muerto Frank Howard.

Seguía diluviando y las marcas del coche habían desaparecido porque en la tierra había casi un palmo de agua.

—No está Mac Hugh —rezongó el teniente.

—Me dijo que vendría enseguida aunque le extrañó mucho la petición —contestó Bill.

El teniente me invitó con la mano para que le precediese. Subimos al porche y puse la mano en el tirador para abrir, pero esta vez la puerta no obedeció a mi impulso. Habían cerrado con llave.

Bill soltó una risita.

—¿Qué dice ahora, Warner?

—Estaba abierto cuando llegué aquí la primera vez.

—No, no pudo estar abierto porque usted estaba borracho y no sabe lo que dice.

—¿Cree que hablo como un borracho, Bill? ¿Todavía está dispuesto a mantener esa tontería? ¿Piensa que me golpeé solo?

—Se golpeó con su propio coche porque debió frenar con brusquedad.

—Oh, sí, me golpeé con tanta fuerza que perdí el conocimiento.

—Así pasó.

Un auto nos iluminó con sus faros.

—Aquí está el señor Mac Hugh —anunció Bill.

Mac Hugh detuvo su automóvil detrás del coche patrulla y corrió hacia nosotros. Era un hombre de unos cincuenta años, con cara de lechuza.

—Buenas noches —dijo—, aunque yo no creo que sean tan buenas. ¿Qué pasa, teniente?

Ritter señaló.

—Este hombre dice que ahí dentro hay un cadáver.

—¿Un qué?

—Asegura que mataron a un hombre.

—Eso es absurdo, teniente. Todos los *bungalows* están cerrados. Me marché de aquí el cuatro de noviembre y desde entonces, el Motel no ha sido abierto. Lo dice bien claro el cartel. Estamos fuera de temporada. No abrimos hasta abril.

—Pues alguien abrió este *bungalow* —repuse—. Y ahí dentro se cometió un crimen.

—¿Trae las llaves, Mac Hugh? —preguntó Ritter.

—Sí, teniente.

—Abra.

Mac Hugh sacó un llavero y eligió la llave correspondiente a aquel *bungalow*. Abrió con ella y dio la luz.

Entramos. Pero ahora en el *living* no había nadie. Ni siquiera estaba el cadáver de Frank Howard. No me sorprendió. Tal como estaban las cosas, hubiese apostado los cinco mil dólares que me ofreció Frank a que él no estaría allí.

—¿Dónde dijo que vio al muerto? —preguntó el teniente Ritter.

—Ahí —señalé el lugar exacto.

—¿Y qué pasó, Warner?

Bill creyó oportuno introducir su sarcasmo.

—El muerto se levantó y se marchó porque se estaba enfriando demasiado.

—Teniente —dije armándome de paciencia—. Ya le dije que dos hombres me golpearon. Fueron ellos mismos quienes me llevaron a mi coche para dejarme donde me encontraron sus patrulleros. Naturalmente, fueron ellos también quienes retiraron el cadáver.

Me incliné sobre el piso.

Esperé encontrar alguna mancha húmeda causada por los que hubiesen podido limpiar la sangre.

No había ninguna huella. La mancha había tenido tiempo de

secarse. Fui al dormitorio. La cama estaba hecha. Los huecos de la almohada habían desaparecido.

El teniente habló por detrás de mí.

—¿Qué se le ocurre ahora, Warner?

—Teniente, le propongo que se haga una pregunta.

—¿Otra?

—Sí, otra.

—Adelante, ¿cuál es la pregunta?

—¿Qué ganaría yo contándole una fantástica historia de un detective muerto en este *bungalow*? Y no me repita lo de que estoy borracho. Déjelo para sus hombres. La especialidad de ellos no es la de ser inteligentes.

Ritter su pasó la yema del dedo por la mejilla mientras me examinaba atentamente el rostro.

—No me gustan las complicaciones. No soy como usted, Warner. Usted vive de ellas y, cuando no las encuentra en su camino, las arma... Nunca tuve simpatía por los detectives privados y debo decirle que usted no es una excepción.

—Muy amable.

—Se va a largar de aquí, Warner.

—¿No me detiene?

—No, no lo detengo.

—¿Y qué hay del muerto?

—¿Dónde está el muerto?

—Entonces, ¿no hará una investigación?

—La estoy haciendo, Warner, pero su resultado es negativo. Y eso cierra para mí el caso.

—De acuerdo.

—También queda cerrado para usted.

—No, teniente.

—Si lo encuentro por aquí husmeando, me obligará a ser más severo con usted.

—¿Ya acabó sus amenazas?

—No fueron amenazas. Sólo le estoy advirtiéndole, Warner.

Esta vez me habían dejado conducir mi coche desde la comisaría hasta el Motel. Hice un saludo con la mano y salí.

Mientras regresaba a Nueva York, me dediqué a fumar y a pensar.

Frank Howard sólo vivía de porquería. Acostumbraba a meter sus manos en un cubo de basura y, naturalmente, también esta vez habría hurgado en uno de ellos: ¿Qué tenía que ver yo con eso? No trabajaba para ningún cliente. Nadie me había dado dinero para que investigase.

Escuché mi voz interior: «No seas tonto, Rex. No vas a sacar nada. Frank Howard era un bastardo y lo mataron porque él se ganó a pulso el par de balas que le mandaron al corazón».

Pero Frank me había llamado, había confiado en mí, y estaba dispuesto a pagarme los cinco mil dólares que le gané durante nuestra última partida de dados. Y dos cochinos tipos me habían golpeado con sus cachiporras hasta dejarme sin conocimiento, y luego me rociaron con *whisky* para hacerme pasar por borracho.

Así fue como mandé al diablo a mi voz interior y me metí en el asunto. En el cubo más alto y con más basura del año. O quizá de muchos años.

CAPÍTULO III

Dormí seis horas y, después de tomar una ducha caliente y de desayunar huevos fritos con tocino, más dos tazas de café, me sentí otro hombre. Los golpes no se notaban mucho.

Seguía lloviendo en Nueva York. Era un día feo, gris, que más imitaba a estar con una mujer que a trabajar.

Compré tres periódicos. Me senté en mi coche y los hojeé. No, en ninguno de ellos se hacía referencia a que se hubiese encontrado el cadáver de Frank Howard. Ni una sola palabra. Así que, para el mundo entero, excepto para mí, Frank Howard seguía viviendo.

A las ocho y media estaba en mi despacho. Sobre la mesa habían dejado un papel escrito. En él leí: «Te engañaré con el primero que encuentre, pijo». A continuación estaba la firma de Thelma.

Hice una bola con su mensaje y lo tiré a la papelera.

Llamé a Mike Gastón. Era el dueño de un bar y amigo de Frank Howard.

—Hola, Gastón. Aquí Rex Warner... Estoy buscando a Frank Howard.

—A mí también me gustaría encontrarlo. Me pidió prestados cincuenta dólares.

—¿Cuándo?

—Hace dos días. Y prometió pagármelos al día siguiente.

—¿En qué se ocupaba?

—Y yo qué sé.

—Quizá te dijo algo.

—No, no me dijo nada.

—¿Dónde podría estar?

—Lo llamé a su oficina pero no contestó y no sé dónde vive.

—Yo sí lo sé. Y también lo estuve llamando mucho rato pero nadie cogió el teléfono. ¿Quién nos podría informar sobre él, Mike?

—Jerry Wilson, su agente de apuestas. Hace una semana que no

viene por aquí. Tengo su teléfono —me lo dio.

—Gracias, Mike.

—Eh, Rex, si ves a Frank, recuérdale que venga a pagarme los cincuenta machacantes.

Estuve tentado de contestarle que no se asustase si Frank se los mandaba desde el infierno.

Marqué el número de Jerry Wilson.

—Jerry, aquí Rex Warner.

—¿Cuál es tu apuesta, Rex?

—Diez pavos a «Sensación».

—Esa yegua llegará cuando todos estén en el pesebre. Pero si tú lo dices, diez a «Sensación».

—¿Por quién apostó Frank?

—¿Qué Frank?

—¿Quién va a ser? Frank Howard. Me debe mucha plata y ya estoy deseando que acierte una para que me pague.

—No apostó por nadie.

—¿No ganó algún dinero durante los últimos días?

—La última vez que apostó fue hace tres días. Y perdió.

—¿Dónde lo viste?

—En ninguna parte. Me llamó por teléfono.

—Verás, Jerry. Es que no encuentro a Frank y necesito hablar con él.

—No puedo ayudarte, muchacho... Espera... tenía una chica.

—Háblame de ella, Jerry.

—Betty Parker.

—¿Quién es Betty Parker?

—Trabaja como taquillera en un cine. El Bristol Palace... Y ya no puedo agregar nada.

Marqué el número del Bristol Palace. Sonó como media docena de veces el timbre antes de que cogiesen el teléfono. Una mujer dijo:

—¿Quién llama?

—Oiga, quiero saber dónde vive Betty Parker.

—Escuche, amigo. Yo soy solamente una mujer de la limpieza.

—Mire, señora. Sólo estoy de paso por la ciudad. Traigo recuerdos del hermano de Betty Parker. ¿Me entiende? No puedo perder el tiempo.

—Betty Parker vive en el número 184 de la calle 124 Este.

Le di las gracias y colgué.

Fui al 184 de la calle 124 Este. Miré los buzones. El 14-B correspondía a Betty Parker.

Subí en un ascensor que hacía mucho ruido y pulsé el timbre de la puerta

14-B.

Me abrió una joven que se cubría con una bata. Era joven, bonita y rubia, de ojos verdes.

—Soy Rex Warner, un amigo de Frank Howard. ¿Puedo entrar?

Ella me miró de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza.

—Pase.

Entré en el apartamento y ella, después de cerrar la puerta, puso un brazo en jarras y dijo:

—¿Dónde está ese puerco de Frank?

—¿No lo sabe?

—Me dejó hace tres semanas.

—¿Por qué?

—Por otra mujer. ¿Por qué viene a interrogarme?

—¿Quién era la otra mujer?

—Conteste usted antes a mi pregunta.

—De acuerdo. Le contestaré. Mataron a Frank.

La bonita rubia agrandó los ojos.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Le metieron dos balas en el pecho.

—¡Dios mío!

Se fue derecha a un mueble bar y sacó una botella de *whisky*.

—¿Quiere, señor Warner?

—No, gracias.

Se sirvió una abundante ración en un vaso y bebió un largo trago.

—Tenía que acabar así —dijo.

—¿Por qué?

—Se lo advertí. Esa mujer sólo le traería quebraderos de cabeza.

—¿Quién es ella?

—¿Está investigando?

—Sí.

—Será mejor que lo deje. Váyase.

—Deje que sea yo quien decida, Betty.

—Lo matarán también, Rex.

—Ya veremos.

—No tendrá escapatoria si se mete en este asunto. Se lo advertí.

Se lo dije.

—¿Quién es ella? —repetí.

Betty bebió el resto del *whisky* y me miró temblorosa.

—Margaret Reynolds. ¿Sabe quién es? La esposa de uno de los hombres más importantes de la ciudad... Quiere ser senador.

—¿Se refiere a Spencer Reynolds?

—Sí.

—¿Frank y Margaret Reynolds?

—Así es.

—Hábleme de esas relaciones.

—Le he dicho que es peligroso. ¿Es que no se da cuenta? Han matado a Frank... No me quiso escuchar. No, yo no le interesaba porque la mujer de un hombre que estaba en la cumbre se había fijado en él.

—¿Cuándo empezaron esas relaciones?

—Hace como dos meses.

—¿Dónde conoció Frank a Margaret Reynolds?

—Ella acudió al despacho de Frank. Quería encargarle un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Frank debía investigar a Helen Martin, la secretaria de Spencer Reynolds. La señora Reynolds suponía que entre la secretaria y su marido existía algo más que unos lazos laborales.

—¿Y qué sacó en claro Frank?

—No me lo dijo.

—Pero usted le preguntó.

—Sí, le pregunté unas cuantas veces, pero no me contestó. Para ese entonces Frank ya debía estar enamorado de Margaret Reynolds.

—¿Se lo dijo así, que estaba enamorado de Margaret Reynolds?

—Sí, me lo confesó.

—¿Cuándo?

—Hace un mes, cuando decidí romper conmigo.

—¿Volvió a ver a Frank?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—¿Dónde lo vio?

—En su despacho. Fui allí. Me comporté como una tonta. Fui a suplicarle que volviese conmigo. Todavía no he escarmentado. Un hombre no regresa con la mujer que está dispuesta a echarse a sus pies. Me sacó de allí a la fuerza. Casi me arrojó al corredor. Nunca he sufrido mayor humillación. Pero yo le quería.

—¿Qué le dijo él?

—Nada.

—¿No le preguntó usted por Margaret Reynolds?

—Sí, le pregunté pero me contestó que me olvidase de ella y que me olvidase de él. Eso fue todo porque luego me arrojó al pasillo. Fue la última vez que lo vi —se mordió el labio inferior mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Y ahora está muerto. ¡Se lo dije!... ¡Se lo advertí!

Se echó de bruces en el sofá y sollozó amargamente.

Yo salí sin decir nada más.

Entré en mi coche y encendí un cigarrillo. Todavía estaba a tiempo de echarme atrás.

Spencer Reynolds era algo más que un hombre importante. Era un millonario, un tipo que había ganado los dólares a paletadas fabricando para el Gobierno barcas y un montón de objetos para la guerra. Era un ejemplo típico del ciudadano americano que empieza vendiendo periódicos o como botones y llega a lo más alto con su esfuerzo. Un ejemplo de lo que es la democracia para todos los países. Pero, al citar esos ejemplos, olvidan algo importante, que los tipos como Spencer Reynolds tienen que dejar muchas víctimas en su camino, que a ellos no les importan los que caigan con tal de seguir escalando la cumbre.

Bueno, yo no estaba ahora para filosofías. Lo tomaba o lo dejaba.

Me decidí antes de terminar el cigarrillo.

Emprendí el camino de la casa de los Reynolds.

Se iba a iniciar el combate. Yo era un peso medio y me iba a

enfrentar con pesos pesados. Estaba en plan de inferioridad pero no podía pedir misericordia.

CAPÍTULO IV

La mansión estaba en la Novena Avenida. Naturalmente. Spencer Reynolds había restaurado la casa. Invirtió en ella casi un cuarto de millón. Lo recordaba porque lo habían dicho los periódicos.

Me abrió un criado con patillas blancas, recién afeitado y que olía a loción.

—Quiero hablar con la señora Reynolds —le dije al mismo tiempo que le entregaba una de mis tarjetas.

El criado leyó la carta y arrugó la nariz.

—¿Un detective privado?

—Sabe leer, hermano.

—Lo siento, pero no puede ver a la señora Reynolds.

—¿Por qué no?

—Está muy delicada.

—Y su doctor le ha prohibido las visitas.

—Sí, señor Warner. Buenos días.

No le dejé que cerrase.

—Es importante que vea a la señora Reynolds —insistí—. Y si ella no está visible hablaré con el señor Reynolds.

—El señor Reynolds no se encuentra en casa.

—Lo esperaré.

Entonces se oyó una voz femenina.

—¿Qué pasa, Lewis?

Vi aparecer a una joven morena, de unos veintitrés años, tan hermosa como una combinación de todas las mujeres hermosas que yo había conocido en mi vida. Sus ojos eran grandes y también eran grandes sus senos, y largas sus piernas.

—Señorita Martin, es un detective privado —dijo «Patillas Blancas»—. Rex Warner. Quería hablar con la señora o con el señor.

La joven me examinó y yo la examiné a ella.

Así que era la secretaria que la señora Reynolds había encargado investigar a Frank Howard. Estuve dispuesto a apostar a favor de las sospechas de la señora Reynolds. ¿Qué jefe podría permanecer con aquella secretaria más de una hora sin intentar morderle el cuello?

—Puede retirarse, Lewis. Yo hablaré con el señor Warner.

Entré en la casa y el criado se marchó.

La señorita Martin cruzó los brazos bajo los hermosos senos y preguntó:

—¿Cuál es el motivo de su visita, señor Warner?

—Se lo diré a la señora Reynolds.

—Me lo dirá a mí.

Su voz estaba llena de energía y decisión.

—Está bien, se lo diré a usted —convine.

Sonrió triunfalmente.

—Sígame.

Fui con ella a una biblioteca, en donde naturalmente se acumulaban todos los libros importantes que se han escrito desde que el hombre aprendió a hablar de sí mismo.

La joven se volvió en el centro de la estancia y enarcó las cejas.

—¿De qué se trata, señor Warner?

—De Frank Howard.

—¿Frank Howard? ¿Quién es?

—¿No lo sabe?

—Si lo supiese, no le preguntaría.

—Un detective privado como yo. Mi compañero me dio un encargo.

—¿Qué clase de encargo?

—Decirle a la señora Reynolds que ella estaba en lo cierto.

—¿La señora Reynolds contrató a un colega suyo?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para saber qué clase de relaciones sostenían usted y el señor Reynolds.

El bello rostro de la joven palideció.

—¿Cómo se atreve?

—Yo soy un mensajero, señorita Martin. Usted preguntó y yo contesté.

—¿Qué más le dijo el señor Howard?

—Que está dispuesto a aportar las pruebas de la infidelidad del señor Reynolds.

Helen Martin vino hacia mí y, como si eso fuese la cosa más fácil del mundo, trató de abofetearme. Antes de que me pudiese tocar, le cogí la muñeca y le llevé el brazo a la espalda.

Su cuerpo chocó contra el mío y, como fue una colisión de frente, la seguí sujetando.

—¿Qué hace? —chilló.

—Ahora podría besarla.

—¡No lo intente!

—Es lo que acostumbro a hacer con las chicas monas que quieren pegarme.

—No soy de esa clase de chicas monas, señor Warner.

—Oh, no, usted piensa en algo mucho mejor. En un millonario.

—Puerco.

—Hablando de puercos. ¿Cuándo piensa casarse con él?

—¡Apártese de mí!

—Todavía no. Conteste. ¿Qué piensa hacer con la señora Reynolds? Y no me diga que su jefe se va a divorciar de su mujer. No está en situación de hacerlo, porque destrozaría su carrera política.

—No existe nada entre el señor Reynolds y yo. Ese colega suyo, Frank Howard, es un canalla.

—Hablé de pruebas.

—¡No existen esas pruebas!

—Existen.

—¿Las vio usted?

—Aún no. Pero las veré.

—Su amigo miente.

—¿Qué le pasa a la señora Reynolds?

—Está enferma.

—Entiendo. La están matando poco a poco.

—¿Qué dice?

—¿Es eso lo que han planeado? ¿Retirar de la circulación a la señora Reynolds?

—Es usted tan miserable como su amigo.

—Todavía no me ha dicho cuál es la dolencia de la señora Reynolds.

—Está enferma y basta.

La joven dio un tirón y se desasíó. Se frotó el brazo.

—Me ha hecho daño. Es usted un bruto.

—No trato con mucha delicadeza a cierta clase de personas.

—¡Márchese de aquí o llamo a la policía!

—Muy bien. Ya me voy.

Ella pareció extrañarse de mi conformidad.

—No vuelva, señor Warner.

—Eso no va a depender de mí.

Salí de la habitación, pero no me dirigí hacia la puerta de salida, sino hacia la escalera. Me di mucha prisa porque Helen saldría también de la biblioteca para cerciorarse de que me marchaba.

Estaba subiendo ya la escalera cuando Helen gritó:

—Eh, ¿adónde va? ¿Es que se ha vuelto loco?

No me detuve. Por el contrario, imprimí más rapidez a mis piernas.

Al llegar arriba, me encontré con un amplio corredor con puertas a derecha e izquierda.

Abrí una puerta y vi una cama vacía.

Abrí una segunda puerta y esta vez descubrí en la cama a una mujer que tenía los ojos cerrados. Su rostro era bello, aunque sin color.

A mi espalda oí los gritos de Helen.

—¡Deténgase!

Cerré la puerta y me dirigí rápidamente hacia la cama.

—Señora Reynolds —me incliné sobre ella y le toque el hombro —. Despierte, señora Reynolds.

Movió los párpados y los labios.

—¿Quién es...? ¿Eres tú, Spencer?... Qué mal me encuentro... Me voy a morir, Spencer.

La puerta se abrió bruscamente.

—¡Señor Warner! —La voz de Helen Martin estaba cargada de furia.

Señalé a la señora Reynolds.

—¿Qué es lo que le pasa? Y contesté rápidamente. Si lo hubiese hecho usted abajo, no habría tenido necesidad de subir.

—Voy a llamar a la policía.

—Llámela.

Se desconcertó un poco al ver que su desafío era acertado.

—¿Se arriesga a ir a la cárcel por violar un domicilio?

—Sí, señorita Martin. Me arriesgaré.

—¿Por qué?

—Porque usted también tendrá que dar muchas explicaciones a la policía.

—¿Está mal de la cabeza?

—Eso ya lo dijo.

—Señor Warner, el señor Reynolds goza de muchos privilegios en esta comunidad.

—Qué miedo.

—¡Es usted un irresponsable!

La puerta había quedado abierta y en el hueco apareció Spencer Reynolds. Lo conocía porque había visto su fotografía en los periódicos durante los últimos meses, desde que empezó su campaña política.

Frisaba los cincuenta años y era de fuerte constitución, la piel del color del bronce.

—¿Qué ocurre aquí, Helen? ¿Quién es este hombre?

—Es un detective privado. Rex Warner.

—¿Y cómo llegó hasta la habitación de mi mujer?

Me llegó el turno de contestar y lo hice.

—Subí la escalera. Así de fácil, señor Reynolds.

Frunció el ceño.

—¿Por qué infiernos ha hecho eso? Le advierto que tendrá que darme una explicación adecuada, señor Warner.

—O me echará a los perros.

—Me torno que está usted obrando con bastante insolencia, señor Warner.

—¿Cuál es la enfermedad de su mujer?

—¿Con que derecho me hace esa pregunta?

—Debe contestar, señor Reynolds.

—¿Qué debo contestar? ¿Está usted en su juicio, señor Warner?

—Señor Reynolds, puede estar involucrado en un caso de homicidio.

—¿De qué me habla?

—De la muerte de Frank Howard.

Helen Martin se creyó obligada a intervenir.

—Señor Reynolds, Frank Howard es otro detective privado, pero hasta ahora el señor Warner no dijo que hubiese sido muerto. Según el señor Warner, Frank Howard aceptó un encargo de su mujer.

—¿Qué encargo?

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—Ande, dígaselo, Helen —la animé.

—Cállese la boca.

—Muy bien. Se lo diré.

—¡Le dije que se calle!... Señor Reynolds, Frank Howard debía investigarme a mí y a usted.

—¿Cómo?

—Al parecer, se supone que entre usted y yo existe algo más que una relación entre jefe y secretaria.

Los ojos de Reynolds cobraron un nuevo brillo y se le hinchó una venilla en la sien izquierda.

—Señor Warner —exclamó—, voy a demandarlo a usted por calumnia y por violar mi domicilio...

—Frank Howard fue asesinado, señor Reynolds.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Demuéstreme que no tuvo nada que ver.

—¡No tengo que demostrarle nada a ese respecto! No sé quién es Frank Howard, nunca lo supe, y dudo mucho que mi mujer se rebajase a contratar a su amigo para esa clase de investigación.

—Sin embargo, lo hizo. Y cuando llego aquí me encuentro a su mujer moribunda. Sume eso.

—¿Qué tontería está diciendo? Margaret no está moribunda.

—Ella despertó hace un momento y me dijo que se iba a morir.

—Es lo que ella cree.

—¿Y cuál es el motivo de esa creencia?

—Muy bien, señor Warner. Se lo diré. Pero le exijo que no haga uso de ello.

—Adelante.

—Mi mujer es víctima de una neurosis de angustia.

—¿Y qué le provocó la neurosis?

—Hace poco más de dos meses murió ahogado un hermano suyo. A partir del momento en que mi esposa recibió la noticia, fue otra mujer. La trastornó hasta el punto de que fue necesario la atendiese un siquiatra.

—¿Quién es el siquiatra?

—El doctor Harry Mover. Está considerado como uno de los mejores del país.

—He oído hablar del doctor Mover. ¿Cuándo se inició el tratamiento de su mujer?

—Hace una semana.

—¿Y por qué esperaron tanto?

—Pensé que mi mujer se restablecería por sí misma.

—Pero no lo hizo.

—No, no lo hizo. Por eso necesitó el auxilio de la Medicina.

—¿Y cómo está ahora?

—Espero que no divulgue una sola palabra de esta conversación.

—Continúe, señor Reynolds.

—Mi mujer ha tratado de suicidarse.

—¿Cuándo?

—Anteayer.

—¿Y cómo lo intentó?

—Se cortó las venas.

Spencer se acercó a la cama donde yacía su mujer. Ella había vuelto a dormirse. Le sacó un brazo, el izquierdo. Tenía la muñeca vendada.

—Ahí tiene la prueba de lo que le digo, señor Warner. El doctor Meyer está tratando a mi mujer con drogas. Según su opinión, primero había que sedar a Margaret... Por ello se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo. El doctor Meyer ha considerado eso como muy importante para una rápida recuperación. Está confiado en que lo conseguirá. Dígame ahora, señor Warner, ¿cuándo mataron a ese amigo suyo?

—Anoche.

—Mi mujer no sale de casa desde hace dos días.

—Nunca he dicho que haya sospechado de su mujer como asesina de Frank Howard.

Spencer cubrió otra vez el brazo de Margaret y me miró a los ojos.

—Así que sospecha de mí.

—Hablaré claro, señor Reynolds.

—Lo prefiero.

—Frank Howard se enamoró de su mujer.

—¿Qué?

—Frank dejó a su novia por esa razón.

—¿Qué quiere insinuar, señor Warner?

—Que quizá su mujer no fue reacia a los sentimientos de Frank Howard.

—¡Señor Warner, no le permito eso! ¡Está insultando a mi esposa y me está insultando a mí!

—¡Pudo ocurrir que ella correspondiese a Frank Howard! — reafirmé con la misma energía que él.

—Entiendo lo que se le ha ocurrido. Yo conocí esas relaciones y decidí acabarlas. ¿De qué forma? Ordenando la muerte de Frank Howard. ¿O lo maté con mi propia mano?

—Me sorprendieron dos matones en el lugar donde mi amigo había sido muerto.

—¿Va a decirme que ellos citaron mi nombre? ¿Qué le dijeron que yo les había pagado?

—No, señor Reynolds, no lo puedo decir porque no diría la verdad. Se hicieron pasar por policías y, cuando los desenmascaré, me dejaron sin conocimiento y no los he vuelto a ver. En cuanto al cadáver de mi amigo, desapareció.

El millonario parpadeó.

—Es la historia más confusa que he oído en mi vida.

—Pero tiene una virtud, señor Reynolds. Que es la verdadera.

—¿Está interviniendo la policía?

—No, señor Reynolds. Un tal teniente Ritter se negó a creer mi historia.

—Yo tampoco la creo.

Le sonreí.

—Claro, no le conviene.

—Salga de mi casa, señor Warner.

—Ya me voy.

—Y no vuelva. Acompáñelo, señorita Martin. Yo me quedo con mi mujer.

Salí del dormitorio y Helen vino detrás de mí.

No hablamos hasta que llegamos al vestíbulo.

—Señor Warner.

—¿Diga, señorita Martin?

—Es injusto que piense tal monstruosidad del señor Reynolds.

—¿Y por qué no lo debo pensar?

—Porque él es un hombre bueno.

—Sé de unos cuantos buenos que trataron de desembarazarse de su mujer para casarse con su secretaria.

Creí que iba a intentar abofetearme otra vez. Sin embargo no lo hizo.

—Entre el señor Reynolds y yo no existe nada. Sólo una mutua simpatía. Y eso es lógico porque llevamos trabajando juntos dos años. Y con respecto a mí, no soy la clase de mujer que se vende por dinero.

—Qué bien.

—No se burle.

Di un paso hacia ella.

—¿Qué va a hacer? —dijo.

La cogí por los brazos y di un tirón de ella.

Cuando la solté se tambaleó.

Se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Está satisfecho, bruto?

—De ninguna manera. Acostumbro a tener colaboración, y no estoy muy satisfecho de la suya. Espero que las cosas cambien entre usted y yo. Si se siente sola, recuerde mi teléfono.

Salí de la casa sin que ella hubiese dicho otra palabra.

CAPÍTULO V

Fui al bar de Joe, un exboxeador que tuvo la suerte de acabar su carrera pugilística antes de que lo sonasen... Pero no me dejé caer por allí para ver a Joe, sino por echar una parrafada con un periodista llamado John Hamilton que trabajaba en el *Star* y era honesto, lo cual resultaba difícil en nuestro tiempo.

Encontré a John Hamilton construyendo una casa con mondadientes. Al sentarme hice un poco de aire y la casa se fue al diablo. John me miró con ojos que querían convertirme en polvo.

—Pareces un elefante cuando te mueves, Rex.

Quizá tenía razón y por eso me habían cazado los dos matones en el *bungalow* número 7, aunque la verdad es que me revolví muy aprisa. Pero en ciertas ocasiones no sirve siquiera la elasticidad de un felino para salvar la situación. Uno ha de ser como un rayo.

—John, quiero que me informes sobre la lucha electoral entre Spencer Reynolds y Harold Kerrigan.

—¿Te vas a meter ahora en política?

—Es posible.

—No te conviene.

—¿Por qué no?

—Es un mundo sucio.

—John, tú me has dicho muchas veces qué me metí en el estercolero y todavía no he salido de él. ¿No crees que el asunto de Reynolds y Kerrigan entre así en mi competencia?

—Miradas así las cosas, quizá tengas razón.

—La tengo.

Me observó con interés. John sabía que soy un tipo duro y que cuando agarro una presa no la suelto fácilmente.

—¿Quién es tu cliente, Rex?

—No puedes publicar nada por ahora.

—¿Por qué?

—Lo comprenderás enseguida. Mi cliente, es un muerto...

Sus ojos terminaron de abrirse y destellaron intensamente.

—Rex, me has dado una razón para que escriba. Un cliente muerto es para mí más interesante que un cliente vivo.

—Es que el mío desapareció.

—¿Te refieres al muerto?

—Sí.

—Maldita sea. Cuéntamelo todo.

Pedimos *whiskies* y mientras bebimos y fumamos, le conté la historia sin pasar nada por alto.

John escuchó sin interrumpirme y, cuando hube terminado, lanzó un silbido.

—Muchacho, estás, metido en un lío.

—Eso ya me lo dijeron, los falsos policías.

—Te van a cortar el pescuezo.

—Yo no me voy a dejar.

—Ellos nunca preguntan si su víctima está de acuerdo con la carnicería.

—Olvídate de eso, John. Sé bueno y cuéntame algo sobre Kerrigan.

—Ha sido un abogado de grandes firmas. Se ha dicho algunas veces que Kerrigan estaba comprado por la Mafia. Pero nunca se pudo demostrar. También yo trabajé en ese sentido hace cinco años pero no pude clavar el diente en nada que pudiese perjudicar a Kerrigan. Aparentemente, es un tipo que sólo ha hecho cosas en favor de la comunidad. Ésa es la etiqueta con la que se presenta para el puesto de senador.

—El puro Kerrigan.

—Su propaganda política está tan bien dirigida que ya se dice que Kerrigan no se conformará con ser senador.

—¿La Presidencia?

—Es posible.

—¿Qué hay de su vida privada?

—Está casado pero no tiene hijos.

—¿Quién es su esposa?

—Ella pertenece a la crema de Boston. Se llama Deborah y su apellido de soltera es todo un tratado de genealogía. Van Honden. Su más añejo antepasado americana fue uno de los peregrinos del

Myflower. Por añadidura es una de las mujeres más hermosas que yo he visto en mi vida. Si Kerrigan llega a la Presidencia, los Estados Unidos no habrán tenido una primera dama más atractiva que Deborah van Honden, hoy señora de Kerrigan. Para la campaña política han alquilado dos plantas en el hotel Cincinnati. Su publicidad está muy bien dirigida y lo curioso del caso es que está pensada por una mujer.

—¿Quién es ella?

—Una joven con mucho talento. Se llama Olivia Pewin. Apenas salió de la Universidad, se dio a conocer con unos artículos contra la guerra del Vietnam.

—¿Tiene eso algún mérito? Me he cansado de leer artículos contra la guerra del Vietnam.

—Tiene mérito porque Olivia Pewin escribió sus artículos hace cuatro años cuando nadie se atrevía a levantar la voz.

—Valiente, ¿eh?

—Y muy decidida.

—¿Casada?

—Soltera, aunque a su alrededor mariposean los tipos por docenas.

—Y debe ser fea como la máscara del horror.

John soltó una risita.

—No, Rex, no es fea.

—¿Una mujer que lo reúne todo? No me lo harás creer.

—Pues créelo, porque Olivia Pewin lo reúne todo. Belleza e inteligencia.

—No será femenina.

—Yo no diría eso. Hablé un par de veces con ella y me pareció muy femenina. Sólo le encontré un defecto.

—¿Cuál?

—Cuando hablaba conmigo y me sonreía, me recordaba a la víbora antes de clavar sus dientes con ponzoña. Pero ello es sólo una apreciación personal. Puedo equivocarme.

Hizo una pausa y después de beber un trago preguntó:

—Rex, ¿por qué secuestraron al muerto?

—No lo sé.

—Yo ya tengo una hipótesis.

—Soy todo oídos.

—Reynolds se enteró de alguna forma de que su mujer había encargado a Frank Howard que investigase las relaciones entre Helen Martin y él. Eso no lo podía consentir. Por añadidura, pudo suceder que la señora Reynolds se enamorase de Frank Howard. Eso agravó la situación de Howard. Reynolds decidió cortar por lo sano. Encargó la muerte de Frank Howard, pero no podía dejar que descubriesen el cadáver y por eso lo secuestró. De acuerdo con todo ello, tu cliente, el muerto, no aparecerá nunca.

—Hay un fallo en esa hipótesis.

—¿Cuál?

—Si mataron a Frank Howard por encargo de Reynolds, ¿por qué no se llevaron el cadáver inmediatamente si ése era el juego? Cuando llegué al Motel hacía media hora que Frank estaba muerto.

—Quizá se lo tomaron con calma. Tú lo dijiste. Era una noche de perros. Los asesinos no podían imaginar que alguien se presentaría en un Motel cerrado por fuera de temporada. Nunca pensaron que Frank podía haber llamado a alguien para que lo ayudase a salir del atolladero.

—Según eso, tú piensas que los dos matones que me golpearon fueron los asesinos. Los sorprendí con mi llegada y se escondieron. Y luego se dejaron ver para acogotarme.

—Sí, Rex. Así ocurrieron las cosas.

—No me gusta. Demasiado retorcido. Hay un fallo de tiempo. Si Reynolds estuviese detrás del asesinato, habría ordenado que el cadáver desapareciese inmediatamente.

—Eres un ingenuo si tratas de salvar a Reynolds. ¿Qué me dices de lo de su mujer? ¿Vas a creer todo lo que contaron acerca de ella? ¿Qué se cortó las venas víctima de una neurosis de angustia provocada porque su hermano se ahogó?

—Tendrás que investigar lo de su hermano. Aunque apuesto a que es verdad. Reynolds ha contado con que yo investigaría sobre su cuñado.

—Lo comprobaré.

Me puse en pie.

—¿Adónde vas, Rex?

—Quiero conocer a ese talento de mujer que reúne belleza e inteligencia. Pero recuérdalo, John, no publiques nada de momento.

—No lo haré porque sería como levantar la liebre.

—Y de paso, me pondrías una soga en el cuello.

—Estaremos en contacto.

—Seguro, pero dedica tu tiempo a husmear lo de Kerrigan.

—¿Y qué me dices de Reynolds?

—Muy bien, mete también la nariz en lo de Reynolds. Hasta luego.

Fui al hotel Cincinnati y dejé el auto en el aparcadero.

Pregunté a un botones por el cuartel general de Harold Kerrigan y me indicó la planta tercera, apartamento 162.

Aquello parecía una jaula de locos. Había mucha gente por todas partes. Detrás de mesas, mujeres y hombres tecleaban a máquina, hablaban por teléfono o entre sí, y tenían que gritar para hacerse entender.

Una recepcionista rubia platino de buena talla y que parecía una modelo, profesional, me salió al encuentro. Vestía uniforme rojo y sobre el prominente seno derecho llevaba una placa dorada en la que se leía: «Kerrigan».

—¿Qué puedo hacer por usted, señor...?

—Rex Warner.

—Llámeme Lucy.

—Gracias, Lucy. Quiero hablar con la señorita Pewin.

—¿Cuál es el asunto?

—Cambiar impresiones con ella acerca de las posibilidades del señor Kerrigan en el Bronx.

—Lo anunciaré. Siéntese mientras tanto —señaló un sillón.

Me senté y ella se marchó. Encendí un cigarrillo y examiné a la gente que había allí. Conocía las interioridades de una lucha electoral por los periódicos. Pero nunca me había metido en un fregado como, aquél.

Lucy volvió al cabo de tres minutos.

—La señorita Pewin lo recibirá. Sígame.

—Será un placer.

Lo fue porque la chica tenía mucho que ver por detrás. Me condujo a una habitación del fondo en cuya puerta había un cartel: «Señorita Olivia Pewin. Directora General de la Campaña».

Pase al interior y Lucy se fue.

Detrás de una mesa redonda muy grande, en donde se apilaban los papeles, había una joven que escribía algo.

Tenía puestas unas gafas de carey y eso no le quitaba una pizca de belleza.

Ella me estaba prestando la misma atención que si hubiese entrado allí un escarabajo. Seguía escribiendo.

—Perdone, señor Warner —dijo sin levantar la cabeza—. Siéntese y enseguida lo atiendo.

Ocupé un sillón de cuero y crucé las piernas.

Ella al fin me concedió la merced de levantar sus ojos.

—Lucy dijo que venía a hablarme del Bronx. Admitimos todas las sugerencias, señor Warner. Pero dígame antes su profesión, domicilio, teléfono y hágame un pequeño historial de su vida.

—Nací en Oswego, hace veintiocho años. Mis padres eran pobres pero honrados. Tuve el sarampión a los dos años. Mi primera novia se llamaba Carlotta. La tuve a los nueve años. Ella tenía siete. Una noche decidí secuestrarla. Lo preparé todo, pero me falló Carlotta. Se había hinchado de pastel de manzana y tenía dolor de tripas. No pudo venir conmigo y tuve que volver a casa. Yo me sentí el ser más desgraciado del mundo.

Olivia tenía las cejas enarcadas contemplándome como si yo fuese un rebelde congoleño, antropófago y que estaba allí para comérmela.

—Señor Warner, ¿quiere hacerme un favor?

—Cómo no.

—Pase por alto los detalles. Todo eso que cuenta no nos interesa, desde el punto de vista de su personalidad.

—Perdone, pero lo hacía por mi ficha siquiátrica.

—No necesitamos su ficha siquiátrica, señor Warner, Dígame, ¿qué es lo que primero hizo en la vida y con lo que ganó dinero?

—Robar peras.

—¿Cómo ha dicho?

—Verá, mi tío tenía un huerto en Oswego. Tenía dos perales. Mi tío era muy tacaño. Prefería que se pudriesen las peras en el árbol antes que darnos una. Y entonces, una noche...

—No siga, señor Warner.

—Iba a decirle que le limpié los perales y que, media hora más tarde, ya había vendido las peras. Así gané mi primer dinero.

La joven empezó a golpear un lápiz en la mesa.

—Señor Warner, estoy empezando a pensar que sólo vino aquí a

hacerme perder el tiempo. No quiero continuar hablando de peras.

—¿Manzanas?

—¡Ni manzanas!

—¿Plátanos?

—¡Señor Warner, no me interesa la fruta!

—¿Muertos?... Eso es. Le propongo que hablemos de muertos.

Yo correré con el gasto, señorita Pewin. Había una vez un detective privado que se llamaba Frank Howard. Y una noche lluviosa lo asesinaron en el *bungalow* número 7 del Motel Nacional, kilómetro 12 de la carretera de la costa. Y resultó que ese detective estaba relacionado con cierta campaña electoral.

—¡Deténgase!

Los ojos de Olivia echaban fuego.

—¿Qué trata de insinuar, señor Warner?

—Yo ya dije mi parte, señorita Pewin. Ahora le toca a usted.

—Por lo que he podido deducir, usted es un investigador privado.

—Sí.

—Y se metió aquí falseando su personalidad.

—No, señorita. Dije que soy Rex Warner, y soy Rex Warner. Puede comprobarlo.

—¡Sabe a lo que me refiero! Hablé de posibilidades electorales en el Bronx. Y es falso porque usted no tiene nada que ver con la campaña del señor Kerrigan. Pero sí tiene que ver con la campaña del señor Reynolds. Está desenmascarado, señor Warner. Usted fue contratado por Reynolds y me gustaría saber qué es lo que se propone.

—Descubrir quién asesinó a Frank Howard.

—¿Nos supone relacionados con un asesinato?

—La respuesta es: sí.

Olivia se puso en pie.

—Caramba, qué esbelta es usted.

—¡No espere que le dé las gracias!

—¿Cuánto mide de cintura?

—Cuarenta y tres —dijo sin reflexionar.

—Pues me va a quitar el sueño.

—¡Basta de bromas, señor Warner!

—Yo hablaba en serio. Sus medidas deben ser sensacionales.

—Señor Warner, podría llamar a la policía.

—¿Para qué tendría que molestarse?

—Para que lo detengan.

—¿Cuál sería el cargo? ¿Pedirle a usted sus medidas?

—Nunca he conocido a un tipo más audaz que usted, señor Warner.

—Yo sé de otros más audaces. Los asesinos de Frank Howard.

—¡No tenemos nada que ver con eso!

—Lo dudo.

—¿Qué pruebas tiene contra nosotros? ¿Por qué habríamos de matar a Frank Howard?

—Trapos sucios.

—No le comprendo.

—Suponga que Frank Howard hubiese trabajado para el bando contrario.

—¿Quiere decir que Reynolds contrató a Frank Howard para que nos investigase?

—No, no es eso.

—¿Qué es entonces?

—Ustedes podrían haber ordenado la muerte de Frank Howard para que la policía se echase encima de Spencer Reynolds.

—Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida. ¡Fuera de aquí!

Me levanté y señalé a Olivia con el dedo.

—Señorita Pewin, voy a continuar mi investigación, y si descubro que ustedes tuvieron que ver algo con la muerte de Frank Howard, será mejor que vayan desmantelando las dos plantas que alquilaron en este local porque ustedes no van a ganar la elección. Se lo juro.

No dijo nada mientras yo salía de su jaula.

Había puesto el cebo en el anzuelo. Era por lo que había ido allí. Sí, hermanos. El caso exigía eso porque no tenía ninguna pista y si no me equivocaba, a partir de aquel momento yo era un condenado a muerte.

CAPÍTULO VI

Llamé a una puerta y al cabo de un rato se abrió, pero no del todo porque tenía puesta una cadena.

Por el resquicio vi la cara de Gary Hessling.

—Vete al infierno, Rex.

—Quiero hablar contigo.

—Cada vez que hablas conmigo me metes en un jaleo. Lárgate.

Yo había preparado una bola de billetes y se la mostré.

—Aquí hay cincuenta dólares, Gary. Tendrás otros cincuenta más tarde.

Quitó la cadena rápidamente y, cuando entraba, quiso arrebatarme la bola de billetes.

—No tan deprisa, Gary.

—¿De qué se trata esta vez, Rex?

Los detectives privados y los policías necesitan de los confidentes para hacer su trabajo. Yo tenía como media docena y uno de ellos era Gary Hessling que había estado muchas veces en la cárcel y conocía a toda la gentuza de Nueva York.

—Busco a dos tipos, Gary. Te daré su descripción.

Le describí lo mejor que pude a los dos fulanos, al grandote y a su compañero, que me habían dejado sin conocimiento.

Gary tenía como vicio mordisquearse el labio inferior. Era un tic nervioso.

—Sólo conozco al grandote, Rex.

—Me basta. ¿Quién es?

—Peter Radford.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Y yo qué sé.

—Claro que lo sabes.

—Te aseguro que no.

Le mostré otra vez los cincuenta dólares.

—¿Quieres ganarte la bola o no?

—Claro. Ya me la gané.

—No, todavía no. Un nombre no me sirve para nada. Y no puedo perder mi tiempo. ¿Por qué crees que vine en tu busca?

Tardó medio minuto en decidirse.

—Vete al bar de Coe.

—¿Dónde está el bar de Coe?

—En el muelle 14.

—¿Por qué allí?

—Peter Radford siempre ha estado relacionado con el Sindicato de Estibadores.

—¿Y qué cargo ocupa?

—Rompehuelgas.

—Bonita forma de bautizar a un vulgar matón.

—Yo no la inventé.

Le di los cincuenta dólares y caminé hacia la puerta.

—Gary, si das aviso a Peter Radford te retuerzo el pescuezo.

—¿Por qué voy a dar aviso?

—Porque tú eres de los que juegan a dos paños.

—Te prometo que no hablaré.

—Será mejor que mantengas tu palabra. Esta vez el asunto es grave. Asesinaron a un compañero mío, a Frank Howard, y Radford está metido en el asunto.

—Maldita sea, ¿por qué no me lo dijiste? No te habría dicho nada.

—Por eso no te lo dije. Porque quería que me dijese algo. Hasta la vista.

En el bar de Coe se había reunido la basura de cinco continentes, tipos de todas las razas, mujeres de la vida que estaban en el último peldaño que conducía al infierno.

Por fortuna, no me había puesto el *smoking* o me habrían confundido con el secretario de la O.N.U.

Había un hueco en el mostrador. Allí me coloqué y pedí un *whisky*. Bebí un trago y sentí deseos de escupirlo en la cara del pijooso barman. Pero yo no había ido allí a protestar por la bebida.

—Busco a Peter Radford —le dije al pijooso.

Antes de que abriese la boca, le enseñé un billete de cinco dólares.

Eso le ablandó el corazón.

—Vino por aquí hace un rato —contestó, haciéndose miel.

—¿Y dónde está?

—Se fue a su oficina.

—¿Y cuál es su oficina?

—Nave número 4.

—Gracias, hermano —le di su billete.

—¿No se bebe el *whisky*? —preguntó porque me apartaba del mostrador.

—Cuando quiera alcohol puro, lo compraré en la farmacia —le dije al piojoso y salí del tugurio.

La nave número 4 tenía la puerta cerrada. A un lado de ella, había un tipo alto con un jersey de cuello redondo y un gorro de lana.

En su cara tenía dos cicatrices, huellas de navajazos.

—Hola —le dije—. Vengo a ver a Peter Radford.

Me observó atentamente.

—¿Quién es usted?

—Su primo. Acabo de salir de la cárcel. Los hijos de perra me tuvieron encerrado dos años. ¿Y todo por qué? Porque uno necesita vivir.

—Peter está arriba.

Abrió la puerta y me indicó con la cabeza que entrase.

—Gracias, muchacho.

Entré y la puerta se cerró tras de mí.

La nave estaba pobremente iluminada por la luz que dejaban filtrar algunas claraboyas. A la izquierda se amontonaban los sacos de mercancías.

Al fondo había una escalera. Subí por ella.

Oí voces procedentes de una habitación y hacia allí me dirigí.

La puerta estaba abierta y me detuve cerca del hueco. Oí enseguida la voz de Radford.

—Tengo un póker de setes.

—¿Cómo has podido sacar un póker de setes? —Era la voz del otro que lo acompañaba en el *bungalow* número 7.

Allí tenía a la pareja de bastardos.

Me dejé ver.

—Hola, muchachos.

Los dos estaban sentados ante la mesa jugando su partida de póker y se quedaron asombrados. Era lo que yo necesitaba.

Corrí hacia el pequeño y le solté un puñetazo en la sien.

Sabía que tenía bastante medicina para quedar sin conocimiento.

El grandote se levantó de un salto y movió la mano hacia la axila.

—Pistolas, no —le dije y le coloqué un puñetazo en el estómago. Se vino hacia mí soltando arcadas.

Le pegué en las narices, cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra el suelo.

Había ganado aquella pelea en menos de un minuto.

Me incliné sobre Peter y le quité dos pistolas. Una de ellas era la mía. Luego me apoderé del arma del otro.

Tenían una botella de *whisky* en la mesa y bebí un trago de ella. Por suerte, era mejor *whisky* que el del piojoso.

El grandullón fue el primero en recuperarse. Quedó sentado en el suelo. Se pasó la mano por la nariz que le goteaba sangre.

—Bastardo —dijo—. Me rompiste las narices.

—Te voy a romper otra cosa, Radford. Por ejemplo, la espina dorsal. ¿Dónde está el muerto?

—¿De qué muerto hablas?

Le pegué con el revés de la mano en la nariz. Pegó un aullido y se cogió la cara con las dos manos.

—¡Maldito!

—¿Dónde está el muerto? —pregunté de nuevo.

—En la otra habitación —señaló una puerta.

—Levántate.

Se levantó y fue hacia la puerta que había señalado. Era una cocina y en el fondo había un frigorífico.

—Está ahí dentro —dijo.

Frank Howard no había sido un tipo honesto, como ya dije. Pero se me revolvieron las tripas al pensar que lo habían metido en el frigorífico como si fuese un pollo o una pierna de cordero.

Le pegué otra vez a Peter en la nariz y chilló como una rata.

—Ya te he dicho dónde está el muerto y, si crees que te engaño, abre el frigorífico.

—No creo que me engañes.

—Puedes llevártelo.

—Eres muy generoso, Peter.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Le dije al de abajo que era tu primo.

—Le voy a quitar la piel por haberse dejado engañar.

—Cuando termine contigo no vas a tener ganas de quitarle la piel a nadie.

—¿Qué infiernos quieres? ¿La historia de mi vida?

—Sólo me interesa el capítulo relacionado con Frank Howard. Vosotros lo matasteis.

—No.

—¿Quién os pagó para hacer el trabajo?

—Te juro que no lo matamos. Nos llamaron por teléfono para recoger el cadáver. Sólo para eso. Te lo juro, Warner. Nos pilló de sorpresa encontrarte allí. Pero nos habían advertido que, costase lo que costase, teníamos que retirar el cadáver. Y nos hicieron una advertencia, la de que no teníamos que matar a nadie. Por eso no hicimos nada contigo. Sólo te dejamos en tu automóvil, a unos kilómetros del Motel.

—Oh, sí, claro. Me tratasteis muy bien y por eso me rociasteis de *whisky*.

—Fue una idea de Louis —señaló el pequeñajo.

De pronto, éste se lanzó sobre mis piernas para tumbarme.

No pudo hacerlo porque le pegué un rodillazo en el pecho.

Cayó de rodillas y se puso rojo, con los ojos desorbitados. Trataba de llevar una brizna de oxígeno a sus pulmones porque se estaba ahogando. Finalmente se desplomó encogido y oímos el resoplido que pegaba cuando consiguió recuperar el resuello.

—No lo intentes de nuevo, Louis —le dije—. He venido preparado para liquidaros a los dos sin contemplaciones. Pero eso va a depender de vosotros.

—Ya lo he dicho todo, Warner —exclamó Radford.

—Ni la mitad.

Saque el cigarrillo y lo encendí. Radford me miraba con ojos tristes, como los de un animal apaleado.

—Radford —dije—. Voy a suponer que has dicho la verdad con respecto a que no matasteis a Howard, y que sólo fuisteis al *bungalow* a retirar el cadáver.

—Es la verdad.

—No me interrumpas. ¿Quién os encargó el trabajo?
Se mojó los labios con la lengua.

—Oye, Warner. A ti te gustará seguir viviendo.

—Sí, claro, como a vosotros.

—Entonces olvídate de todo.

Hice ademán de pegarle y se apartó con rapidez.

—¡No, no lo hagas, Warner!

—Contesta. ¿Quién?

—No te conviene saberlo. Te lo juro. No adelantará nada.

—Tienes tres segundos para contestar —le apunté con mi pistola a las piernas.

—¿Qué vas a hacer?

—Meterte una bala en la rótula.

—No, por favor.

—Tres segundos... Uno... dos...

—El teniente Ritter.

—¿Qué nombre has dicho?

—Dije: el teniente Ritter.

—Es una invención tuya. ¿Crees que con eso vas a salvar la rótula?

Puse el dedo en el gatillo de la pistola y Radford chilló de nuevo.

—¡Fue el teniente Ritter! Me llamó. Me dijo que tenía que hacerlo con otro tipo. Yo tenía que elegirlo y me dijo que, si no le hacía ese favor, me encerraría inmediatamente. Conocía muchas cosas más y él se iba a encargar de que las pagase.

Quedé pensativo.

Peter se acercó a la mesa.

—Aléjate, Radford.

—Sólo quiero un trago de *whisky*. Lo necesito.

—Yo también —dijo Louis desde el suelo.

—Está bien, Radford. Coge la botella y acércate a Louis. Pero no os mováis de ese lugar o me lío a tiros con vosotros.

El enredo era de los gordos. Un teniente de la policía de Bay City estaba involucrado en un caso de asesinato. Hermoso, muy lindo, y eso significaba que las palabras de Radford tenían un sentido. Me había dicho que no me convenía saber nada.

Mi voz interior se puso en marcha como la cinta de un

magnetófono. «Te crees muy listo, ¿eh, Rex? Ya te advertí que no te metieses en esto. Pero tú eres un tipo muy grande y lo ibas a arreglar todo. Se supone que es la policía quien debe investigar un caso de asesinato. ¿Y qué es lo que encuentras ahora? Yo te lo diré. Que un teniente de la policía sabía que Frank Howard estaba muerto. No, Rex, no trates de contestar a la pregunta de si fue el teniente Ritter quien mató a Frank Howard. No saldrías bien librado de esto aunque invirtieses cien años y un día en investigarlo».

Pero, naturalmente, otra vez mandé al infierno a mi voz interior.

—Radford —pregunté—, ¿qué ibais a hacer con el cadáver?

—Lo íbamos a arrojar al mar esta noche.

—¿Fue idea de Ritter?

—Desde luego.

—No quiero ninguna mentira.

—Te juro que fue Ritter quien lo ordenó. Teníamos que colocar en el cadáver un ancla para que no pudiese salir del fondo del mar.

—Un policía con prácticas de *gángster*.

—Anda, Warner, sé razonable y podrás conservar la cabeza sobre los hombros. Haremos como que nunca llegaste aquí.

—Oh, sí, claro. Y esta noche tiraréis el cadáver de Frank Howard al mar y aquí no ha pasado nada:

—Eso es lo mejor para todos.

—Será lo mejor para el teniente Ritter. Radford, vas a hablar con él.

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Con el teniente Ritter.

—No sé su número —me contestó con voz temblorosa.

—Claro que lo sabes. Márcalo, Radford.

—Por lo que más quieras, Warner. No me obligues a hacer eso.

—No puedo esperar, Radford.

—¿Qué le tengo que decir?

—Que todo se pudrió.

—¿Quieres que le diga la verdad, que estás aquí?

—Sí, eso mismo.

—Será el final para todos. Para Louis, para mí, para ti...

—No lo creo.

—Ritter es un hombre peligroso.

—Y yo también lo soy.

—Pero él tiene una placa.

—Basta ya. Llámalo.

Radford se dirigió hacia la mesa. Descolgó el teléfono y marcó el número. Su voz sonó muy débil.

—Por favor, con el teniente Ritter... De Peter; un amigo suyo. Es urgente.

Me miró mientras esperaba.

—Todavía puedes arrepentirte, Warner.

—No hay arrepentimiento.

Enseguida tuvo que atender al receptor porque le estaban hablando desde la otra parte:

—¿Teniente Ritter?... Peter Radford... Si ya sé, me dijo que no lo llamase pero no he tenido más remedio que hacerlo... —Se trata de Rex Warner. Está aquí... Nos sorprendió... No es nuestra la culpa.

Le quité el auricular de un manotazo y lo apunté con la pistola.

El teniente Ritter estaba ladrando.

—Radford, ¿qué es lo que intentas? ¿Un chantaje? Es eso. Tratas de sacarme dinero. Y te has inventado lo de Rex Warner.

—Gracias, teniente.

—Eh, ¿quién hay ahí?

—Celebro que lo haya reconocido todo, teniente. Radford podría haber inventado una historia acerca de usted.

—Warner, es usted más tonto de lo que yo creía.

—No lo sabe usted bien.

—Lo dejé en libertad.

—Porque le convenía.

—Quise hacerle un favor.

—No, teniente. Usted no haría un favor ni a su padre. Usted me dejó en libertad porque yo no podía ir con la historia a ninguna parte al faltarme la prueba esencial. El cadáver de Frank Howard. Pero ahora lo tengo.

—¿Qué se propone?

—Estamos muy lejos de Bay City. Avisaré a un amigo policía que tengo en Manhattan.

—No lo haga.

—Usted no me ha dejado otra salida, Ritter. A menos que me diga inmediatamente quién hay detrás de usted.

—Y un cuerno.

—Hasta la vista, teniente.

—¡Espere!

—No, teniente. Ya esperé demasiado.

—Iré ahí.

—¿Me toma por un idiota, Ritter?

—Le juro que iré.

—Eso no lo dudo. Pero vendrá con dos o tres matones para ajustarme las cuentas.

—Iré con una sola persona.

—¿Con quién?

—Con el hombre que me contrató para que hiciese desaparecer el cadáver.

—¿Quién es, Ritter?

—Spencer Reynolds.

—¿Una nueva treta?

—Le juro que no, Warner. Estaremos allí antes de una hora.

—Voy a darle una oportunidad, Ritter. Sólo una. Si intenta engañarme, no tendré en cuenta su graduación ni el Cuerpo al que pertenece. Lo mataré como a un perro. Y eso se lo puedo jurar. Procure estar aquí en una hora. Con Reynolds. Quiero oír la voz de Reynolds cuando lleguen.

Colgué antes de que él pudiese decir nada.

CAPÍTULO VII

Ya había pasado casi la hora y Ritter no había aparecido.

Radford y Louis estaban sentados ante la mesa. Habían reemprendido la partida de póker porque yo los invité a ello, pero no dejaba de vigilarlos.

Me apoyaba en la pared, cerca de la puerta, para que no me sorprendiesen si irrumpían bruscamente.

Oí pasos en la escalera.

—¿Quién es?

—Ritter.

—¿Con quién viene?

—Con Reynolds.

Deduje por las pasos que subían dos personas.

—Reynolds, diga algo —ordené.

—Soy yo, señor Warner —contestó el político aspirante a Senador.

Peter y Louis habían interrumpido el juego y me miraban como hipnotizados.

Abrí la puerta. Primero entró Reynolds y luego el teniente Ritter.

—Teniente —dije—, alárgueme la pistola.

—¿Para qué?

—No quiero que juegue con ella.

—Nadie va a jugar con armas.

—Démela, he dicho.

Reynolds intervino.

—Entréguele la pistola, teniente.

Ritter sacó el arma de mala gana y la alargó cogiéndola por el cañón.

Guardé su pistola en el bolsillo y cerré la puerta.

Reynolds sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente a pesar de la baja temperatura.

—Señor Warner, el teniente Ritter le dijo la verdad. Yo le ordené que hiciese desaparecer el cadáver de Frank Howard.

—Y él lo mató.

—No, él no lo mató. Howard fue asesinado por orden de alguien que está al servicio de Kerrigan.

—¿Quién le contó eso, señor Reynolds?

El político dejó correr unos segundos y finalmente dijo:

—Mi esposa.

—Ya va teniendo sentido la historia. Su mujer estaba con Frank Howard en el *bungalow*.

—Sí, ella estaba allí cuando entró el asesino.

—¿Quién era el asesino?

—Un hombre rubio, de ojos azules, alto. Mató a Howard y dejó a mi esposa sin conocimiento... A ella le puso una pistola en la mano para hacerla pasar por la asesina... Luego llamó a la policía de Bay City. Casualmente, el teniente Ritter atendió la llamada. El asesino sólo dijo que Margaret Reynolds había matado a un hombre en el *bungalow* número 7 del Motel Nacional, y colgó.

Reynolds guardó silencio para enjugarse de nuevo el sudor de la frente. Después prosiguió:

—El teniente era mi amigo y sospechó que la Margaret Reynolds a la que se refería el desconocido fuese mi esposa. Por ello no avisó a sus compañeros. Me llamó por teléfono. Margaret no estaba en casa. Supuestamente había ido a una reunión de caridad. Comprobé enseguida que mi mujer me había engañado. Entonces llamé al teniente y le dije que no cabía duda de que era mi mujer la involucrada en el sucio asunto, y que tenía que encargarse de todo para que el crimen no trascendiese, o me costaría la carrera política.

—Deje que Ritter cuente el resto, señor Reynolds.

El teniente sacudió la cabeza.

—Llamé a Radford para que fuese con un amigo suyo al *bungalow* número 7 y retirasen el cadáver. Pero yo me adelanté a ellos. Llegué al *bungalow* y me encontré el cadáver y a la señora Reynolds en el suelo, sin sentido. Guardé la pistola y desperté a la señora Reynolds. Se asustó mucho al ver a Howard muerto. Le dio un ataque de histerismo. La saqué de allí y me la llevé en el coche. Fui a la casa de Reynolds, le dejé a su mujer y me volví a la comisaría a esperar los acontecimientos. El resto ya lo sabe, Warner.

Usted llegó antes que Radford y que Louis.

Miré otra vez a Reynolds.

—¿Qué pasó cuando Ritter se marchó de su casa después de dejarle a su esposa?

—Margaret era víctima de un fuerte desequilibrio nervioso y llamé al doctor Mover.

—Su secretaria estaba allí para echarle una mano.

—Sí, pero en un descuido de los dos, mi mujer se encerró en el cuarto de baño. Tuve que descerrar la cerradura. Margaret había logrado cortarse las venas de la muñeca izquierda con una hoja de afeitar. Por fortuna, el doctor Meyer llegó unos instantes después y le administró una fuerte dosis de sedante.

—Usted sabía que su mujer y Frank Howard se veían a escondidas.

—¡No! Yo no sabía nada, aunque debo decir que tenía la sospecha de que Margaret me engañaba. Sin embargo, quise cerrar los ojos porque mi campaña electoral requería todos mis esfuerzos. No ha servido de nada. Ahora se acabó.

—No, señor Reynolds —dijo Ritter—. Warner es comprensivo.

—Soy muy comprensivo.

—¿Lo ve usted? ¿Cuánto quiere, Warner?

—¿Cuánto recibió usted por su colaboración, teniente?

—Diez mil. ¿Qué le parece la misma cantidad para usted?

—No.

—No conseguirás un centavo más.

—No quiero nada.

—¿Que?

—Lo que ha oído. Sólo quiero hacérselo pagar a los asesinos de Frank Howard.

—Algún día se lo haremos pagar.

—¿Cuándo, teniente? ¿Dentro de diez años? ¿O serán veinte?

—¿Es que no se da cuenta de quién está detrás de este asesinato?

—Kerrigan.

—Sí, Warner. Harold Kerrigan. Ese bastardo al servicio de la Mafia se informó de que la señora Reynolds sostenía relaciones con Frank Howard. Era una magnífica oportunidad para que Kerrigan inclinase la balanza política a su favor. Un crimen con escándalo

era lo que él necesitaba y la señora Reynolds le ofreció la oportunidad. Asesinarían a Frank Howard y dejarían a Margaret Reynolds con la pistola homicida en la mano para incriminarla. Usted no puede consentir que ellos se salgan con la suya, Warner. Sería injusto para Reynolds. ¿Va a hacerle pagar a él las faltas de su mujer? Sólo hay un camino. El que nosotros hemos emprendido.

—Lo entiendo, teniente. No hubo crimen, y para que no haya crimen hay que hacer desaparecer a la víctima.

—Lo entendió bien.

—Le voy a contestar, Ritter. A mí me importa un rábano la lucha electoral que hay entablada entre Harold Kerrigan y Spencer Reynolds. Lo mío no es la política. Asesinaron a un amigo mío. Eso es lo que cuenta. Su cadáver ha sido maltratado, llevado de una parte a otra. Metido en un frigorífico, destinado a ser arrojado al mar con un ancla al cuello. ¿Qué clase de personas son ustedes que trafican con cadáveres? ¿Hasta dónde ha llegado la corrupción? No, gracias, no quiero diez mil dólares por guardar silencio. A mí me interesa mucho más que se sepa la verdad.

—¿Caiga quien caiga?

—Sí, teniente, caiga quien caiga.

—Es usted un estúpido, Warner.

—Puede insultarme, pero yo no me vendo como usted.

—Tenga cuidado, Warner. Ahora es el amo de la situación porque tiene una pistola en la mano, pero esto no puede durar mucho.

—Ande, teniente, continúe amenazándome.

—Continuaré porque vale la pena que me oiga. Acabaré con usted si traiciona a Spencer Reynolds.

—No lo puedo traicionar cuando no me comprometí con él.

—¿Para quién trabaja? ¿Para Kerrigan? ¿Por qué no lo confiesa? Fue Kerrigan quien lo contrató para asegurarse de que el crimen fuese descubierto.

—No, Ritter. Se equivoca. Le dije la verdad. Frank Howard me llamó.

—¿Por qué le iba a llamar él?

—Porque estaba en peligro de muerte.

—¿Y cómo supo él que estaba en peligro de muerte?

—Es una buena pregunta, teniente Ritter.

—Quiero oír la contestación.

—No, no puede oírla porque no la tengo.

—Sea sensato, Warner.

Reynolds intervino con voz cansada.

—No me quejo. Estoy vencido.

Ritter exclamó:

—Ese canalla de Kerrigan ganará la elección porque usted es su único rival. Los demás no cuentan y, por primera vez en la historia, la gentuza de la Mafia tendrá un representante oficial nada menos que en el Senado de los Estados Unidos.

—Teniente —repuse—, ¿por qué no ha tratado de probar que Kerrigan mató a Frank Howard? Usted sabía que no fue la señora Reynolds.

—¿Cree que era fácil probarlo cuando ella estaba sin sentido y con la pistola en la mano? Eso es lo que ellos hubiesen querido. Yo creí a la señora Reynolds cuando me contó lo que había pasado y no podía detenerla.

—¿Se comporta con los desgraciados igual que con la señora Reynolds?

—Déjese de contar miserias ahora.

—Basta, teniente —dijo Reynolds—. No quiero oír más discusiones. Señor Warner, está usted en su derecho de proceder como guste. Mi mujer era inocente de ese crimen y el teniente Ritter trató de arreglar las cosas de la mejor manera, para que mi nombre y el de mi mujer no se viesan mezclados en este asunto.

Me quedé pensativo unos instantes.

—Está bien, Reynolds. Les daré una tregua.

—¿Qué quiere decir?

—Que me concederé doce horas a mí mismo para solucionar el caso. Esperaré hasta mañana por la mañana. Mientras tanto, Frank Howard seguirá en el frigorífico. Al fin y al cabo, si sale de aquí, lo meterán en el frigorífico de la Morgue. A él le dará lo mismo estar en uno que en otro.

—¿Qué va a hacer?

—Enfrentarme a Kerrigan.

El teniente me apuntó con el dedo.

—No me pida que yo le ayude.

—No le he pedido su ayuda, teniente.

Le tiré la pistola que él cogió contra su pecho.

Me dirigí hacia la puerta.

—Señor Warner —dijo Reynolds.

—¿Qué quiere?

—Permítame que lo contrate.

—¿Para qué?

—Le pagaré veinticinco mil dólares si logra castigar al asesino de Frank Howard sin que mezcle a mi mujer.

—Sabe que lo que pide es muy difícil.

—Lo sé, señor Warner.

—No puedo considerarme contratado por usted. Ya acepté un compromiso y lo hice por propia voluntad y no por ganar su dinero. Hasta pronto, señor Reynolds.

CAPÍTULO VIII

John Hamilton estaba asombrado. Le había contado todo lo que pasó en la nave número 4.

—Maldita sea, Rex, ¿cómo quieres que no escriba nada de eso?... Se cometió un crimen y el cadáver fue secuestrado. Pero tú ya sabes dónde está. En un frigorífico y también sabes quienes fueron los secuestradores. Un político que quiere ser Senador, un teniente de la policía y dos matones. Es la más alta carga explosiva que yo he tenido en mis manos. Déjame que gane al fin el premio Pulitzer.

—Sí, John. Tú quizá ganases el premio Pulitzer, pero los asesinos de Frank Howard no recibirían su merecido.

—¿Y si lo mataron ellos, Reynolds, Ritter y sus matones?

—No, no fueron ellos.

—¿Ya olvidaste que la señora Reynolds y Frank Howard se entendían?

—No, no lo olvidé.

—Entonces, Reynolds tenía un motivo para ordenar la muerte de su esposa.

—Lo tenía pero no la ordenó.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Reynolds tenía que cerrar los ojos. Si el asunto de su mujer y de Frank Howard salía a la superficie, no tendría ninguna probabilidad de ser Senador. Pero hay más.

—¿Qué cosa?

—Reynolds ya no estaba enamorado de su esposa.

—¿Te lo dijo él?

—Lo descubrí. Hay otra mujer. La secretaria de Reynolds.

—Sí, ya me hablaste de la maravillosa señorita Helen Martin, pero también me dijiste que tanto ella como Reynolds negaron que existiese entre ellos algo más que una relación laboral o una simple

amistad.

—Por parte de Reynolds existe algo más. Está enamorado de Helen.

—Gracias. Estás dando otro motivo para que Reynolds se quisiese desembarazar de su mujer.

—Su amor por Helen tampoco era bastante para eliminar a su esposa estando pendiente la elección.

—Así que Reynolds es un angelito.

—No, no es un angelito. Es un tipo con defectos, lo mismo que todos, y no estoy seguro de que el pueblo vaya a tener un digno representante en él. Pero ¿quién hay en la otra parte? ¿Kerrigan? ¿Y quién es Kerrigan? Un tipo que por las apariencias es mucho peor que Reynolds.

—Damas y caballeros —parodió Hamilton—, elijan a su Senador entre dos porquerías...

—No te burles. La mayoría de las elecciones son así. ¿Quién sigue la carrera política? Los ambiciosos, los hombres llenos de vanidad, deseos de poder. Cuando un tipo está lanzado hacia la cumbre, empieza a olvidar sus escrúpulos.

—¿Estás contra las elecciones?

—No, es mucho peor no tenerlas. ¡Pero en una democracia hay que echar mano a todos los procedimientos para sanear a los hombres contaminados y cerrar el paso a los corrompidos...! ¡Vete al infierno! No hemos venido a discutir aquí sobre la democracia. Yo ya conté mi parte y todavía no te he oído una palabra sobre Kerrigan.

—Por si te interesa un detalle de Reynolds, el hermano de su mujer murió ahogado hace dos meses en California.

—Ya suponía que era verdad. Pasemos al otro frente.

Hamilton bebió un trago de *whisky*.

—Kerrigan se ha preocupado toda la vida de que su contacto con la Mafia no pudiese servir como una prueba o evidencia en un juicio. Naturalmente le sirve de tapadera su profesión de abogado. Como tal, puede ser consultado por cualquier ciudadano americano. Desde ese punto de vista, nadie se puede meter con él. Tiene derecho a aceptar como cliente a quién él quiera.

—¿Es todo lo que me vas a decir?

—Pero hay un tipo con el que Kerrigan se ha relacionado mucho

durante los dos últimos años, Richard Fuller.

—¿Es del Sindicato de Transportes?

—Sí. Ocupa la Vicepresidencia y hay quien dice que muy pronto estará al frente de la Organización laboral más fuerte del país. Se ha dicho muchas veces que Fuller estaba relacionado con la Mafia, pero Fuller siempre lo negó.

—¿Qué hay de verdad en ello?

—Estoy seguro de que Fuller es uno de los miembros destacados de la Mafia y te puedo contar algo que pasó hace un año. Un compañero mío, Robert Peters, inició una campaña con una serie de artículos contra Fuller. Le atacó directamente, sin andarse con rodeos. Robert Peters se valió de confidentes, pero nunca citaba sus nombres. Sin embargo, dio fechas y lugares donde Fuller se había entrevistado con otros jefes mafiosos... Peter sólo llegó a publicar tres artículos. Murió de repente.

—¿Atropellado?

—No, de un ataque al corazón.

—¿Sufría del corazón?

—Nadie estaba al corriente de eso.

—¿No se ordenó una investigación?

—No hubo tiempo. Peters estaba separado de su mujer. No había habido divorcio. La separación era voluntaria. Peters fue incinerado a las veinticuatro horas de su muerte por expreso deseo de la viuda.

—Pero alguien pudo detener esa cremación. Por ejemplo, el fiscal del distrito.

—El doctor que certificó la muerte de Peters estableció que se trataba de un infarto de miocardio. Con ese certificado la viuda tuvo todos los derechos para ordenar la cremación.

—Fue una pena.

—Sí, lo fue, Rex. Pero nadie se alzó en contra. Nadie escribió poniendo en duda la muerte natural de Robert Peters, porque ningún director de periódico estaba dispuesto a hacer frente a una demanda por calumnias. Y en el caso de Peters, quien decidiese dar un paso adelante, tendría que enfrentarse con Fuller y con toda la fuerza que arrastraba tras de él.

—¿Dónde vive la viuda de Peters?

—Calle 63 Oeste, número 276.

—Buena memoria.

—Sabía que me lo preguntarías.

—Dame también la dirección de Fuller.

—No, no quiero dártela.

—No seas tonto. Puedo consultar una guía telefónica. No estoy para perder el tiempo.

—Fuller es un intocable.

—Me gusta enténdrmelas con los intocables.

—Lo sé, Rex, y por eso empiezo a tener miedo por ti.

Le señale la cara con el dedo.

—Preocúpate de tus cosas. Si ya no tienes agallas, deja que los demás demuestren las suyas.

—Como tú quieras, suicida. Quinta Avenida.

—Vaya, parece que Fuller se preocupa poco por la opinión de sus transportistas.

—Ellos pagan la cuota y se conforman con trabajar.

—¿Qué número de la Quinta Avenida?

—El 111.

—Gracias, muchacho. Nos veremos.

—Eh, Rex, espera. ¿Qué hago con tu cuerpo? ¿Lo incinero también?

—Ponlo en salmuera —le dije y me marché.

La viuda de Peters vivía en un edificio de apartamentos tan sólo construido un par de años antes. En el vestíbulo había plantas tropicales y un conserje con cara de aburrido.

—¿Adónde va? —me preguntó cerrándome el paso.

—Soy Warner, de la Financiera Incorporada. He le hablar con Sarah Peters acerca del crédito que nos solicitó.

—Cuarta planta, apartamento C.

Solté un gruñido de asentimiento y subí en el ascensor a la cuarta planta.

Toqué el timbre y pasaron unos minutos antes de que me abriese una mujer de unos treinta años, muy atractiva. Llevaba el cabello como los muchachos. Sus ojos eran azules. Se cubría con blusa y pantaloncitos. Quizá estaba haciendo gimnasia o quizá abría siempre con esa indumentaria a los que llamaban a su puerta, porque tenía buenas razones para exhibir sus piernas largas y bien formadas.

Le cause buena impresión a juzgar por la sonrisa que apareció en sus labios.

—Hola —me dijo—. ¿Qué es lo que vende?

—La Enciclopedia de la Belleza.

—Ah, ¿sí?

—Es la mejor Enciclopedia que existe sobre el tema. Realmente debería llamarse: «Cómo conservarse hermosa y seductora hasta los sesenta años».

—Pase, señor...

—Warner.

—Soy Sarah Thulin.

—Gracias, señorita Thulin.

El *living* era espacioso, bien amueblado.

—Yo estoy bebiendo un «cuba libre» —dijo—. ¿Quiere usted?

—De acuerdo.

Me preparó el «cuba libre» mientras yo esperaba en un sillón. Me alargó el vaso y ella se sentó en frente, en el sofá.

—Diga, señor Warner, ¿gana mucho dinero con su profesión?

—No me quejo.

—Apuesto a que consigue los clientes femeninos por su fachada...

—¿Usted cree?

—Usted es alto y guapo... Y da la impresión de ser varonil.

—Muy amable.

—Corrientemente, los que venden cosas para las mujeres son un poco... ¿Cómo diría yo?

—¿Afeminados?

—Sí, señor Warner.

Bebió un trago de su «cuba libre» y se pasó la lengua por los labios.

—Además, señor Warner, creo que usted debe ser muy persuasivo.

—No lo hago del todo mal.

—¿Qué es lo que hace?

—Hablo sobre la Enciclopedia.

—¿Nada más?

Lo dijo como un reto.

Dejé mi vaso en la mesita y me senté a su lado en el sofá. Pasé

una mano por la espalda de Sarah, la atraje contra mí y la besé en los labios. Así de sencillo, hermano.

Ella echó la cabeza hacia atrás al cabo de treinta segundos de beso. Me sonrió.

—Eres muy impetuoso, vendedor.

—Y tú una maravilla, compradora.

—Sírreme otra ración de lo mismo.

Se la serví y, como no soy tacaño, fue una ración abundante.

Las orejitas de Sarah se pusieron rojas.

De pronto di un respingo.

—¿Qué te pasa, Warner?

—Oí un ruido detrás de la puerta y pensé que pudiese ser tu marido.

—No, mi marido no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque él está muerto.

—¿Y no te has vuelto a casar?

—No.

—Pero habrá otro hombre en tu vida.

—¿Por qué crees que hay otro?

—Porque eres una mujer hermosa.

—¿De verdad te lo parezco?

—¿No te lo acabo de demostrar?

Ella sonrió halagada.

—No tienes que preocuparte, Warner. Mi chico no viene hasta más tarde.

—¿Quién es?

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Empiezo a interesarme por todo lo tuyo —le dirigí una sabia mirada al escote.

—Eres un pillo, Warner.

—No tengo inhibiciones.

—Apuesto a que más de una de tus clientas te llama granuja.

—Algunas son susceptibles.

—Pues no te preocupes por mí. Yo no soy una de ellas.

Me puso la mano en la nuca y unió sus labios a los míos.

Fui yo ahora quien se apartó y dirigí una mirada a mi alrededor.

—Nena, ¿sabes que estás bien instalada?

—Sí, vivo en una buena choza.

—Tu marido debió ser un hombre importante.

—Era periodista.

—No sabía que los periodistas ganasen tanto dinero.

—Robert no lo ganaba. Era un tipo insoportable.

—No lo puedo creer.

—¿Por qué no?

—Porque contigo un hombre tiene que ser feliz obligatoriamente.

—Robert no supo apreciar eso. A él le interesaban otras cosas.

—¿Otras mujeres?

—No, meter la nariz donde no debía.

Tenía que animarla a proseguir ahora que estábamos en el buen camino.

La besé con suavidad y, con mis labios pegados a los suyos, dije:

—Robert fue un tonto. Sólo debiste importarle tú. ¿Te compensó después?

—Claro que me compensó.

—Naturalmente, él tenía una póliza de seguro y tú eras la beneficiaria.

—No, no era una póliza de seguro.

La miré a los ojos.

—¿Qué fue entonces?

Hay circunstancias en que uno se da cuenta de que ha fracasado. Eso fue lo que me pasó con Sarah en aquel instante. Cogió mis manos y las apartó de su cuerpo.

—Oye, ¿por qué haces esas preguntas acerca de Robert?

—Salió a relucir.

—Fuiste tú quien hablaste de él. Y ahora quieres saber de dónde saqué el dinero después que él murió.

—¿Tiene eso algo de malo?

—No lo tendría si fueses un vendedor de la Enciclopedia de la Belleza.

—Lo soy.

—¿Dónde están los libros?

—En el portafolios.

—No he visto ningún portafolios.

—Se lo dejé al conserje.

Se puso en pie.

—¿Quién eres tú realmente, Warner?

—¿Cuánto te pagaron por incinerar a tu marido?

—Lárgate.

—¿Quién te pagó para que no se supiese que habían asesinado a Robert?

—Un sabueso. Eres un sabueso.

—Rex Warner, detective privado.

—Ya te quitaste la máscara. Ahora fuera de aquí.

—¿Ya no soy alto ni varonil?

—Ahora sólo eres un asqueroso y miserable polizonte.

—¿Y qué opinión tienes de ti misma?

—Eso no te importa.

—Tu marido valió para ti más muerto que vivo.

—Yo no le dije que se muriese.

—Pero le sacaste el jugo a su cadáver.

—No digas cosas repugnantes.

—Yo las digo, poro tú las hiciste.

—Robert y yo no nos entendíamos. Nos separamos voluntariamente. Yo seguía siendo su esposa cuando él murió.

—Lo eras. Pero supiste que fue asesinado y te cerraron la boca con billetes.

—Si no hubiese aceptado, me habrían mandado también al cementerio. ¿Qué culpa tenía yo de que Robert fuese un estúpido?

—Cumplió con su deber.

—Te equivocas. No lo hizo por cumplir con su deber, sino por ser famoso.

—Quiero que repitas todo eso ante el fiscal del distrito.

—¿Crees que soy idiota? Si yo dijese una sola palabra acerca de la muerte de mi marido, no viviría para declarar en el juicio. Es lo que le pasó a Robert y también sé lo que me pasaría a mí.

—¿Y qué le pasó a Robert?

—No esperes que te lo diga. Y ya me hartaste con tu verborrea, vendedor de porquería. Vete con tu Enciclopedia de la Belleza al infierno.

—Fuller te pagó. Robert lo estaba atacando en sus artículos. A Fuller le convenía que tu marido muriese de un infarto de miocardio.

—No me vas a sacar una palabra más.

—Ya dijiste todo lo que deseaba.

—¡No dije nada! ¡No puedes utilizarlo contra Fuller!

—Lo utilizaré.

Vi que su rostro reflejaba pánico. Entonces eché a andar hacia la puerta.

Sarah dejó su vaso en la mesa y corrió hacia la puerta. Se colgó de mis solapas.

—¡Warner, no puedes hacer eso! ¡No puedes!

—Tengo que hacerlo.

—No quiero que Fuller se entere de que yo he hablado. No te dije nada. ¿Lo entiendes? ¡No te dije nada! ¡Prométeme que no me acusarás ante Fuller!

—Sólo hay una forma de que te lo prometa.

—¿Cuál?

—Que me digas la verdad.

—¡Oh, no, Warner! ¡No me pidas eso!

—Te dejaré fuera del asunto.

—Ellos supondrán que has hablado conmigo.

—Sé usar una confidencia sin nombrar mi fuente de información.

—Eso es estúpido. Sacarían conclusiones.

—Yo no les daré oportunidad para que las saquen.

Titubeó unos instantes y al fin dijo:

—Lo envenenaron.

—¿Con qué?

—Arsénico.

—¿Quién lo hizo?

—Un empleado de Fuller.

—¿Cómo se llama ese empleado?

—Tony Irving.

—¿Cómo se las arregló para envenenar a Robert?

—Robert tenía por costumbre beber todas las noches un vaso de leche. Tony entró en su apartamento y echó el arsénico en la botella de la leche. Robert vivía solo y tuvieron tiempo para hacer desaparecer después el resto de la leche.

—¿Y el doctor que certificó la muerte?

—Era de ellos. El doctor Feyder. Aquella misma noche el propio

Tony Irving se entrevistó conmigo. Yo recibiría veinticinco mil dólares si ordenaba la incineración del cadáver de Robert. Y me pasarían quinientos al mes. ¿Te das cuenta? Es de lo que vivo.

—¿Quién es tu chico?

—Alan Rowland Pertenece a la organización. Me paga muchas cosas. Casi todo lo que necesito. De esa forma puedo ahorrar unos centenares al mes. Es con lo que cuento para mi vejez.

—Está bien, Sarah.

—¿No dirás nada?

—Haré lo posible.

—No me basta. ¡Me diste tu palabra!... —Me besó en los labios con fuerza, pero en aquel beso ya no había pasión, sino miedo—. Rex, no puedo exponerme. No tienes derecho a privarme de lo que tengo. ¡Quiero seguir viviendo!

Le quite las manos de mí. Me daba asco. Aquella mujer había convertido el cadáver de su marido en una fuente de ingresos.

—Hasta la vista —le dije.

—Quédate, Rex.

Cambió bruscamente, como antes, y sonrió.

—Abrázame, Rex.

Cerró los ojos y me ofreció sus labios húmedos.

Yo abrí la puerta y salí del apartamento cerrando tras de mí.

Ya en la calle me metí en una cabina telefónica y marqué el número de la oficina de Kerrigan.

—Olivia, soy Rex Warner.

—¿Cómo se atreve a llamar?

—Tengo que hablar con usted.

—Ya nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir. Muérase.

—Si no me da una cita, me temo que se va a quedar sin empleo.

—Fanfarrón.

—Yo de usted no correría el riesgo.

—A las seis en mi apartamento —me dio la dirección.

—De acuerdo —le dije y colgué.

CAPÍTULO IX

Eran las seis en punto cuando pulsé el timbre del apartamento de Olivia Pewin.

Ella me abrió y muy seria dijo:

—Adelante, chantajista.

—Gracias, víctima —le contesté con una sonrisa y entré.

Emití un silbido al ver el mobiliario y los cuadros que colgaban de la pared, entre ellos un Renoir.

—¿Auténtico? —lo señalé.

—Sí, señor Warner. Genuino.

—Le debe haber costado una fortuna.

—Gasto lo que gano.

—Pues debe ganar mucho.

—Células grises, chantajista. No como algunos que viven del talento de los demás.

—¿Soy yo uno de ellos?

—Usted es peor. Vive de dar paletadas al estercolero. Se cubría con un suéter blanco muy ceñido y una falda roja. Estaba preciosa.

La abarqué por la cintura y di un tirón de ella.

Trató de desasirse, pero yo no la dejé.

—Huélame, Olivia.

—¿Cómo?

—Que me olfatee.

—No soy una perra.

—¿No?

Trató de pegarme, pero la apreté más contra mí y se lo impedí.

—Me ducho todos los días, señorita Pewin. Mi colonia y mi loción para después del afeitado son de macho.

—Animal.

Le solté un empujón y la tiré en el sofá.

—Y mis maneras también son de macho, señorita Pewin.

—¿Qué espera conseguir con eso? ¿Qué me eche a sus pies con la lengua fuera y que ponga mis zarpitas en sus piernas?

—Le pegaría en el hociquito si lo hiciese.

—¡Es usted un grosero! ¡Sólo eso!

—Y usted una universitaria.

—Me gradué en la Universidad. Lo acertó.

—¿Y en qué se graduó?

—En Filosofía.

—Pues perdió su tiempo. ¿Para qué le sirve la filosofía estando empleada con un cerdo como Harold Kerrigan? Debió aprender mejor cómo vivir mejor en una pocilga sin contaminarse.

—¿Qué es usted? ¿Un profeta del futuro? ¿Suelta discursos o arengas para que los seres humanos se arrepientan de sus pecados?

—No, el ser humano ya tiene demasiados problemas para que yo les agregue otros acerca de su futuro. Sólo me interesa el presente, señorita Pewin.

—Si ya dijo todo lo que tenía que decir, le agradecería mucho que me dejase sola.

—Ni siquiera empecé.

—¡Pues empiece y termine cuanto antes!

—Tengo al muerto.

—¿A quién?

—A Frank Howard. Al hombre que fue muerto por orden de su patrón.

Me miró con ojos agrandados y, sin transición, lanzó una carcajada.

—¿De qué se ríe, Olivia?

—De usted. Es muy divertido.

—Nunca encuentro divertido un asesinato.

—Le dije por teléfono que era un fanfarrón y ahora se lo repito.

—Frank Howard fue asesinado por los hombres de Kerrigan.

—¿Y por qué diablos Kerrigan iba a querer asesinar a Frank Howard?

—Frank Howard sostenía relaciones íntimas con la señora Reynolds.

—No me diga.

—Usted lo sabe. No se haga de nuevas.

—Lo único que sé es que tenemos que enfrentarnos con

Reynolds para la elección de Senador. Nunca me preocupó la basura que pudiese haber en la casa de los Reynolds.

—Muy bien, señorita Pewin. Le aceptaré lo de dar paletadas en el estercolero. Las di y saqué mucha porquería, y da la casualidad de que Kerrigan es el que está más lleno de suciedad.

—Ahora es cuando le hace falta que se rocíe con un poco de su condenada colonia.

—Ya me serví la ración de hoy, después de la ducha. Y si acabamos con este torneo de ingeniosidades, sepa que la situación del señor Kerrigan es muy delicada.

—Voy a suponer por un momento que encontró el cadáver de Frank Howard y voy a suponer que murió asesinado.

—Muy amable.

—¿Cuál es la prueba de que fue asesinado por orden de Kerrigan?

—No tengo la prueba.

—Entonces me reiré otra vez de usted.

—Cuento con indicios.

—No sirven, señor Warner.

—Kerrigan planeó bien su golpe. Frank Howard sería asesinado, pero la culpable sería la señora Reynolds. A ella la dejaron sin conocimiento después de matar a Frank Howard y le pusieron el arma asesina en la mano. ¿Se da cuenta lo que habría significado para Reynolds tal descubrimiento?

—El final de su carrera hacia el Senado.

—Sí, señorita Pewin. Pero las cosas no pasaron como Kerrigan había previsto. El asesino llamó al teniente Ritter para ponerlo en marcha, pero resultó que Ritter era amigo de Reynolds y lo que el teniente hizo fue tratar de echar tierra al asunto. Sacó a la señora Reynolds del *bungalow* donde había asesinado Frank Howard y ordenó el secuestro del cadáver. Pero yo, con mi intervención, deshice el plan. Aparecí cuando la señora Reynolds había sido sacada del *bungalow*, pero todavía estaba allí el cadáver.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Sí.

—Está acusando a Reynolds, y también eso puede servir para acabar con su carrera hacia el Senado. ¿Qué tal si mañana aparece en los periódicos que Reynolds y un teniente de la policía se

pusieron de acuerdo para hacer desaparecer la víctima de un crimen? ¿Qué tal si los periódicos dicen que la víctima del crimen era la amante de la señora Reynolds? ¿Qué tal si los periódicos dicen que la señora Reynolds se encontraba con la víctima en el momento del asesinato?

—No se embale, preciosa.

—Usted dijo que recuperó el cadáver.

—Pero no le dije en donde se encuentra. Traten de probar que se cometió un crimen sin tener a mano la víctima.

La joven respiró profundamente y exhaló el aire.

—¿Qué es lo que pretende, señor Warner?

—Desenmascarar a Kerrigan.

—¿Y usted quiere que yo le ayude a eso?

—Es el propósito de mi visita.

—Está usted chiflado.

—En este caso me han dicho muchas cosas. Que estoy loco, que no estoy en mi sano juicio. No dijo nada original, señorita Pewin.

—¿Espera que yo, la directora de la campaña electoral de Harold Kerrigan, me vuelva contra mi patrón?

—Él es un indeseable.

—Se han dicho muchas cosas contra Kerrigan, pero también se han dicho contra Reynolds.

—Kerrigan está al servicio de la Mafia. ¿Puede decir lo mismo de Reynolds?

—Yo no sé si Kerrigan está al servicio de la Mafia.

—Eso no se lo puedo creer. Kerrigan ha confiado en usted y, por lo tanto, usted debe conocer sus más íntimos secretos.

—Soy una profesional de la publicidad, señor Warner.

—¿Cómo se relacionó con Kerrigan?

—No tiene derecho a preguntarme eso. Pero le contestaré. Cuando salí de la Universidad, escribí artículos periodísticos que dieron mucho que hablar.

—Contra la guerra del Vietnam. Ya lo sé.

—Contra otras cosas, señor Warner. Centra la corrupción que veía a mi alrededor. Hace unos meses recibí la visita de Kerrigan. Hablamos de muchos asuntos y el señor Kerrigan me ofreció la oportunidad de dirigir su propaganda electoral para el Senado.

—Acaba de decir que empezó a escribir contra toda la porquería

que veía a su alrededor. ¿No sabía que Kerrigan era la mayor basura?

—Kerrigan me advirtió contra ello.

—¿De qué le advirtió?

—Debido a su profesión de abogado había tenido que defender a toda clase de clientes. Muchos de ellos no gozaban de buena reputación y ahora eso se volvería contra él.

—En resumen, que se presentó ante usted como una víctima.

—Sí, puede llamarlo así.

—Y usted lo creyó.

—Estuve de acuerdo en que como abogado tenía que defender a mucha clase de gente.

—¿Cómo puede ser tan ingenua? ¿O sólo trata de colocarme una fábula para justificar su tiente por dinero?

Se levantó de un salto.

—Señor Warner, no le consiento insultos personales. Está demasiado acostumbrado a hablar con...

—Dígalo, no se detenga. ¿Con trotacalles?

—Señor Warner, estoy cumpliendo un deber.

—Está ayudando a llevar al Senado a un bicho. Nada menos que a un tipo que forma parte de la Mafia, a un hombre sin escrúpulos que llega al asesinato por quitarse de en medio a un enemigo.

—Demuéstreme cualquiera de sus acusaciones. ¡Una sola! Y no repita otra vez esa estúpida historia de que Kerrigan ordenó la muerte de Frank Howard para envolver en ella a los Reynolds.

—¿Ha oído hablar de un periodista llamado Robert Peters?

—Sí.

—¿Recuerda de qué murió?

—Si la memoria no me traiciona, de un infarto de miocardio.

—La memoria le traiciona, señorita Pewin. Robert Peters no murió de un infarto de miocardio, sino envenenado con arsénico. Y eso le ocurrió porque estaba escribiendo artículos contra Richard Fuller, y Richard Fuller es un amigo de Kerrigan, y los dos están metidos en la Mafia.

—Todo gratuito. Palabras y más palabras, señor Warner.

—Hechos, señorita Pewin.

—No mencionó un solo hecho.

—Le mencionaré uno pero no quiero que lo de a la publicidad.

—¿A qué hecho se refiere?

—Cuando Peters murió del supuesto infarto de miocardio, su viuda fue obsequiada con veinticinco mil dólares al contado, más una promesa de recibir mensualmente quinientos dólares. Todo a cambio de que aceptase el certificado médico y de que incinerase a su esposo inmediatamente. Y así se hizo.

—¿Por qué no quiere que lo publique?

—Porque debo velar por la seguridad de mi informante. Ande, dígame que tampoco me cree, que son palabras y más palabras.

La joven se apretó la frente con la mano derecha.

—Es increíble.

—Usted ya no es una niña. Hay cosas que nos parecen increíbles. Para quienes las ejecutan son las más lógicas del mundo, porque ellos carecen de sentimientos y de prejuicios.

—Me deja usted confusa.

—Pues despierte pronto, señorita Pewin. O será demasiado tarde y usted también estará metida en el cubo de la basura.

—No ha debido hablar conmigo.

—¿Por qué? ¿Quizá porque prefiere seguir en la ignorancia con respecto a las canalladas de su patrón? Eso resulta muy cómodo para ciertas personas. Es una forma de acallar la conciencia. Se limitan a cumplir con órdenes superiores. Los oficiales de los campos de concentración nazis trataron de descargar así su responsabilidad con respecto a los crímenes que habían cometido.

—No me compare con esa gentuza.

—Si yo tuviese razón y Kerrigan perteneciese a la Mafia, usted sería un cómplice directo de muchos delitos.

—Cállese.

—Estafa, robos, asesinatos...

—¡Le he dicho que se calle!

—Quiero su colaboración para acabar con Kerrigan... No, no quiero que me conteste ahora. Puede pensarlo hasta mañana. La llamaré a su oficina.

—No hace falta que me llame. No voy a colaborar con usted.

—¿Por qué no lo piensa mejor?

—Ya está pensado y decidido.

—Entonces le diré una cosa, señorita Pewin. Me da usted lástima.

—¡Váyase!

—Sí, ya me marchó, y lamento haber perdido el tiempo con usted. Me impresionó mucho, señorita Pewin. Es la verdad. Un amigo me habló de su belleza y de su inteligencia. Usted lo reunía todo, pero le falta algo indispensable. Amor al prójimo, consideración para los que viven oprimidos.

—¡No diga una palabra más! ¡Ya dijo bastantes!

—De acuerdo, señorita Pewin. Ya dije lo suficiente para que usted pueda elegir. Hasta ahora pudo alegar ignorancia, pero ya no podrá utilizar esa excusa. Ahora lo sabe todo. No, no le valdrá para descargar su responsabilidad repetirse cien veces a sí misma que usted sólo desarrollaba el trabajo para el que la contrató.

Eché a andar hacia la puerta. Esperé que me detuviese pero no me llamó y salí del apartamento.

Llegué a la calle y encendí un cigarrillo. Nunca había estado tan enojado. La sangre me corría tumultuosamente por las venas. Las sienes me latían.

Fui a mi auto y, cuando me disponía a abrir la portezuela, un objeto duro hizo presión sobre mi espina dorsal.

Giré la cabeza y vi a un tipo que estaba casi encima de mí. Tenía sienes y mejillas hundidas.

—Hola, amigo —me dijo.

—¿Qué tripa se le rompió?

Apareció otro individuo por detrás del coche.

—Vamos a dar un paseíto —dijo el de las sienes hundidas.

—No me gustan los paseos a estas horas —contesté.

—No puedes elegir, muchacho. Entra en el coche. Mi amigo conducirá.

Levanté la mirada instintivamente y vi a Olivia tras de los cristales. ¿Qué clase de imbécil había sido yo para confiar en ella? Le había dado la oportunidad y no la desaprovechó. Naturalmente, me citó en su apartamento, pero después informó a Kerrigan y por ello me habían estado esperando aquellos dos matones.

Yo estaba listo.

CAPÍTULO X

Habíamos iniciado el viaje. Yo ocupaba el asiento trasero, junto con «Sienes Hundidas». Su compañero, un tipo pelirrojo, conducía el automóvil. Antes de empezar a dar el paseo me habían quitado la pistola.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Un amigo quiere hablar contigo.

—¿Quién?

—Ya lo sabrás.

—No me gusta aceptar invitaciones de desconocidos.

—Entonces nos presentaremos. Ése es William y yo soy Tony.

—¿Tony Irving?

Enarcó las cejas.

—¿Me conoces?

—He oído hablar de ti.

—¿A quién has oído hablar de mí?

—No fue al Presidente de los Estados Unidos.

Se echó a reír.

—Eso estuvo gracioso.

Así que yo estaba en manos de Tony Irving, el asesino que Fuller pagó para que pusiese el arsénico en la botella del periodista Robert Peters, y Tony también podía ser el asesino de Frank Howard.

Llegamos a una estación de servicio. Se llama Júpiter.

El coche entró en uno de los hangares. Allí no había nadie.

—Ya llegamos —dijo Tony—. Baja.

Primero lo hizo él y luego lo hice yo.

Me apuntó con la pistola.

—¿A qué viene eso? —le dije—. Nadie intenta escapar. ¿No quedamos en que es un amigo al que voy a ver?

—Tú eres muy listo.

No le dije la opinión que me merecía a mí mismo porque lo

habría decepcionado mucho. A decir verdad, en ese momento me consideraba como el más estúpido de los humanos.

Entramos por la puerta del fondo, cruzamos un corredor y fuimos a la otra parte, donde había una oficina.

—Entra —ordenó Tony.

Pasé y luego ellos.

En la oficina, tras de una mesa, había un hombre de sanos cincuenta años, casi calvo, con la nariz grande.

—Éste es Rex Warner, señor Fuller —dijo Tony Irving.

Fuller ya me estaba observando.

Me dedicó una sonrisa.

—Usted es detective privado.

—Le puedo enseñar mi credencial.

—No hace falta. Le creo. ¿Quiere beber algo?

—Un *whisky*.

—Tony, sírvale un *whisky*.

—¿Otro para usted, jefe?

—No, yo no quiero beber.

Me pregunté si Tony cogería la botella en donde hubiese veneno.

—Me dio el vaso pero yo lo dejé sobre la mesa.

—¿No bebe, señor Warner? —dijo Fuller.

—Si no bebe usted, no bebo yo.

—Muy bien. Ninguno de los dos bebemos —se echó a reír en el respaldo del sillón—. ¿Cuál es su precio señor Warner?

—No entiendo.

—Es la mar de sencillo. Quiero contratarlo.

—¿Para qué?

—Naturalmente, quiero que trabaje para mí. Para empezar, quiero que investigue al dueño de un agencia de transportes. Se llama Ralph Robinson. Según parece, le van mal los negocios y las cuotas que paga se redujeron mucho durante los últimos meses. Pero recibimos un soplo. El señor Robinson hizo unas compras costosas. Un abrigo de dos mil dólares para su mujer. Una pulsera de mil quinientos para una de sus empleadas, y otras cosillas, señor Warner. Cuando termine ese informe, hará otros trabajos por el estilo. Cobrará un sueldo fijo. Mil dólares mensuales.

Era mi precio. Mil dólares al mes. El de la viuda Peters había

sido veinticinco mil dólares al contado más quinientos mensuales. Era la forma que tenían ellos de arreglar las dificultades. Y Fuller había ido derecho al asunto. Aquellos puercos lo solucionaban todo con plata.

Yo tenía que engañar a Fuller. Si me negaba a aceptar su oferta, habría llegado mi fin. Tony, el asesino, se ocuparía de mí y esta vez tenía un ayudante, a William.

—Está bien, señor Fuller.

—¿Acepta?

—Acepto.

—Magnífico, señor Warner. Naturalmente, yo exijo que mis empleados me dediquen todo su tiempo. Por ello pago bien. No quiero que se dediquen a ningún otro asunto. ¿Me hago entender?

—Sí, señor Fuller.

—¿Qué investiga actualmente?

—Poca cosa.

—Dígalo.

—La muerte de un amigo mío.

—¿Quién era ese amigo?

—Frank Howard.

Hubo un silencio en la estancia. Si la situación no fuese tan dramática para mí, hubiese soltado una carcajada. Allí estaba yo hablando de un hombre asesinado, Frank Howard, en presencia de sus asesinos, Tony Irving y William Harrison, y del hombre que había actuado en nombre de Kerrigan, Fuller.

—No sé quién es Frank Howard —dijo Fuller y agregó con una sonrisa—: Ni me importa. Lo importante es que usted dejará de investigar la muerte de ese hombre.

—Sí, señor Fuller.

—Celebro que hayamos llegado tan pronto a un acuerdo.

—No había motivo para que no llegásemos. Ante todo, soy un hombre de negocios.

—Y tiene que vivir —dijo arrastrando las palabras.

—Sí, señor Fuller. Ésa es una gran verdad. Tengo que vivir.

Fuller sacó un fajo de billetes de un cajón.

—Ahí tiene, Warner. Sus primeros mil dólares.

Cogí el montón de billetes.

—Mi pistola, Tony —dije.

—Oh, perdona —sonrió Fuller—. Antes de marcharse quisiera que se despidiese de un amigo suyo.

El corazón me dio un vuelco.

—¿A quién se refiere, señor Fuller?

—Enséñaselo, Tony.

Tony abrió una puerta lateral. Un hombre estaba tirado en el suelo. Había sido muy golpeado. Ni lo reconocí durante los primeros segundos. Uno de sus ojos estaba completamente negro y tenía los labios partidos. Había echado mucha sangre que le manchaba la camisa porque no tenía chaqueta. Pero cuando identifiqué aquella cara, sentí náuseas y que toda la furia del mundo se apoderaba de mi cerebro. Aquel hombre era John Hamilton. Me revolví furioso.

—¿Por qué le han hecho eso, Fuller?

—Es un bastardo. ¿No sabe lo que ocurrió? Informó a un detective privado acerca de la muerte de un periodista llamado Robert Peters, y Hamilton le dijo al investigador que Peters no murió de muerte natural, y le dio la dirección de la viuda para que fuese a sonsacarla. Tony —rezongó Fuller—, ¿qué has hecho con Sarah?

—Poca cosa. Se le pasará en unos días. Ahora tiene la cara muy fea pero volverá a ser guapa porque juró por sus padres que nunca volvería a abrir la boca. Eso la libró de que le echase el ácido.

—Bien... Bien... Bien... —dijo Fuller—. Ya lo ha oído, Warner. Por suerte, usted está con nosotros.

Hamilton se puso de rodillas y me miró con la cabeza ladeada. La sangre le goteaba de la barbilla. Respiraba entrecortadamente.

—Rex, ¿qué haces aquí?

Fuller se puso en pie.

—Hamilton, tu amigo Rex es de los nuestros.

—No —dijo Hamilton.

—Anda, Rex —rió Fuller—. Enséñale los mil dólares que cobraste por adelantado.

No hacía falta que yo sacase los billetes porque los conservaba en la mano. Hamilton ya estaba mirando el dinero.

—Rex, ¿qué pasó contigo? ¿Es que también te vas a vender? No, Rex. Tú no eres de éstos. Dime que no lo eres. Necesito que me lo digas. Yo confié en ti, Rex... Te lo juro... Confié en ti. Por eso

estaba de tu lado.

Sentía en mi corazón todo el odio del mundo. Odio contra aquellas alimañas que se permitían atormentar a un ser humano hasta convertirlo en un pingajo.

—Me han reventado, Rex —dijo Hamilton—. Estoy en las últimas.

Se desplomó otra vez en el suelo.

Corrí a su lado y le levanté la cabeza.

—John, escúchame... No te he traicionado. Te juro que no.

Hamilton abrió los ojos.

—Ese dinero...

Arrojé los billetes lejos de mí.

—No, John, nunca habría aceptado.

Sonrió débilmente y se desmayó.

Volví la cabeza. Los dos matones, Tony y William, me miraron con ojos de asesinos. Fuller sonreía tras de su mesa. Fue el quien rompió el silencio.

—Me estaba preguntando hasta donde llevaría su comedia, Warner.

Le contesté con los dientes apretados.

—Este hombre necesita un doctor.

—Lo necesita tanto como usted.

—¿Cómo han podido cometer este error? Hamilton no significaba nada para ustedes. No tenían nada que temer de él. No era un hombre de acción.

—Pero colaboró con usted. Fue él quien le dio la pista de la viuda de Peters. Nosotros nos informamos bien cuando nos ponemos en marcha, Warner. No dejamos nada al azar. ¿Pensó por un momento que usted saldría de aquí con los mil dólares? Admito que resistió mucho, sabueso. Pero imaginé que fallaría en el último momento de la comedia. Y ya ve que acerté.

Me puse en pie señalando a Hamilton.

—Voy a salir con mi amigo.

—No, Warner, usted no saldrá de aquí jamás. Y yo diré lo que Hamilton y usted van a necesitar —hizo una larga pausa—. Un sepulturero.

CAPÍTULO XI

Después de decir sus palabras, Fuller se echó a reír. Sus dos asesinos profesionales me seguían mirando como mirarían a una hormiga a la que fuesen a aplastar.

—Fuller —dije—, no continúe con esto.

—Ah, ¿no?

—No le conviene.

—Ande, Warner, prométame que si los dejo libres, usted dejará de investigar todo lo relacionado con el caso de la señora Reynolds.

—Lo haré.

—Ya no puede engañar a nadie.

—He dicho que lo haré.

—¿Y por qué lo haría? ¿Me va a decir que de pronto siente miedo?

—No, no siento miedo.

—¿Por qué lo haría entonces? —gritó—. ¿Por salvar la vida de su amigo?

—Sí.

—Tiene un alto sentido de la amistad.

—Ya sé que para usted eso es absurdo, porque antes que sus amigos están sus intereses.

—No empiece a soltar un discurso.

—Estoy contestando a su pregunta.

—Pues párese, porque no le va a servir de nada. Juré que usted no me la pegaría.

Llevé aire a mis pulmones.

—Este hombre necesita atención médica, Fuller. Haré un trato con usted. Salvaremos la vida de este hombre y yo me marcharé de Nueva York.

—¿Se marcharía de verdad?

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Señálelo usted.

—¿Veinte años?

—Veinte años. Aceptado.

Fuller rompió a reír estruendosamente.

—¿Lo habéis oído, chicos? Aquí tenemos el gran Rex Warner, un detective duro como la roca. ¿Quién me dijo que cuando a Warner le pegaban volvía por más? No, muchachos, el Warner que yo estoy conociendo no es el Warner de que me hablaron. Allí está enterneciéndose por un hombre que recibió unos cuantos puñetazos.

—Fuller, no podemos perder más tiempo —lo interrumpí con voz furiosa.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

—¡No, Fuller!

—No hay trato... Es la hora de mi victoria. Lo tengo a usted, Warner, y no puedo dejarlo escapar.

Era mi sentencia y la de Hamilton. Los dos estábamos en el mismo sitio. En el patíbulo.

Salté sobre Tony. Era quien tenía mi pistola. Quería caer con él al suelo y apoderarme del arma.

Logré mi primer objetivo y los dos nos derrumbamos.

—Duro con él, Williams —ordenó Fuller.

Introduje la mano en el bolsillo de Tony en busca de la pistola. Toqué la culata pero, en ese momento, Williams me pegó un puntapié en la cara.

Fue mi oportunidad perdida. Rodé por el suelo, lejos de Tony Irving, sin haber podido apoderarme del arma.

Williams quiso seguir golpeándome con la pierna. Le cogí el tobillo y tiré de él. Cuando se vencía hacia mí, le solté un puñetazo.

Se desplomó mientras sus narices estallaban en sangre.

—Un buen golpe —dijo Tony riendo porque ya se había levantado.

—Ahora te toca a ti, Tony.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una cachiporra que balanceó jactanciosamente.

—Anda, niño bonito —dijo—, ven aquí. Quiero hacerte un par de caricias.

Fuller gritó:

—¡No quiero que le des cuartel, Tony!

—No se preocupe, señor Fuller. Le vamos a dar lo que merece.

Williams se levantó escupiendo sangre. También él sacó su cachiporra.

—Déjamelos, Tony —dijo—. Es sólo cosa mía.

—De acuerdo, Williams. Es tu turno.

En los ojos de Williams estaba la furia de todos los locos que yo había visto.

Era siniestro verlo con la sangre goteando por la barbilla, sangre fresca y caliente. Y era eso lo que le producía una terrible excitación y al mismo tiempo una sed de venganza.

—Te voy a machacar, sabueso —dijo.

Me tiró el primer viaje a la cabeza.

Yo salté y falló pero inmediatamente se repuso y su cachiporra me golpeó en el hombro en el viaje de vuelta.

Al pretender burlar el segundo golpe, caí en sus dominios y se abalanzó sobre mí pegando un chillido que lo asemejó a una mujer.

La cachiporra me alcanzó en el cuello.

Todo mi cuerpo se estremeció como si me hubiese puesto en contacto con una corriente de alto voltaje.

Empecé a caer pero en el camino atrapé un trozo del estómago de Tony y lo retorcí con todas mis fuerzas. De su boca salió un alarido.

Otra vez busqué la pistola mientras atraía hacia mí a Tony. Me di ánimos a mí mismo: «Sigue, Rex, la pistola es tuya, y entonces serás el año y los hijos de perra te las van a pagar. Empezando por Fuller».

Algo hizo explosión en mi cabeza y las paredes del cuarto empezaron a girar a mi alrededor como si yo estuviese montado en un tiovivo.

Williams había logrado cazarme en el cráneo y ahora estaba sufriendo las consecuencias. Ya no tenía nada que hacer.

«Tienes que seguir luchando, Rex. Aún no has perdido el conocimiento. Si eso llega a ocurrir, no habrá salvación para ti... Muchacho, duro con ellos».

Lancé los puños al azar pero me pareció que me habían puesto pesas en los brazos.

Oí la risa de Fuller.

—Ya es vuestro, muchachos.

Y luego la voz de Williams.

—¡Déjamelos, Tony!... ¡Déjamelos!

Los perros tenían a su presa y ésa era yo, Rex Warner detective privado, el mayor tonto de Nueva York por haberme dejado engañar por una mujer. Maldije a Olivia y deseé con todas mis fuerzas un minuto de vida. Sólo un minuto por tener entre mis manos el frágil cuello de Olivia Pewin. Y no sería para darle besos durante aquellos sesenta segundos, sino para escuchar el dulce crujido de sus vértebras...

Logré atrapar un cuello, aunque no era el de Olivia sino el de Tony Irving.

—¡Que me estrangula, Williams!

Williams hizo su trabajo. Me pegó otra vez con la cachiporra en la cabeza.

Redé por el suelo.

—Cuidado, muchachos —dijo Fuller—. No quiero que muera todavía.

—¿Por qué no? —preguntó Williams furioso.

—Es el jefe quien tiene que decidir.

—Hable con Kerrigan entonces.

Ya lo habían dicho, Kerrigan.

Un aspirante a Senador de los Estados Unidos de América. Uno de los mayores canallas. Ése era el hombre que debía elegir el pueblo. Y tal como estaban las cosas, ganaría la votación. Yo sólo lo podía impedir: Rex Warner. Pero Rex Warner había llegado al final de su camino.

—Échale agua a la cara, Tony, quiero hablarle.

Transcurrieron un par de minutos hasta que sentí el frío del agua contra mi cara.

Poco a poco fui recuperando la visión.

Williams estaba sentado en su sillón restañándose la sangre que le brotaba de la nariz.

Tony continuaba en pie, con la cachiporra en la mano. Sonreía como un sádico.

—Warner, ¿puedes levantarte?

No tenía fuerzas ni para contestar pero hice un signo afirmativo

con la cabeza.

Eso quería yo, levantarme para continuar el combate.

«Damas y caballeros, en el rincón de mi derecha, Rex Warner, sesenta y cinco kilos de peso, aspirante al título del Mayor Estúpido del Mundo de todas las categorías»...

—Levántate, Warner —dijo Fuller.

Me apoyé en la pared y empecé a incorporarme. Apenas sentía ya el dolor en el cuerpo. Es lo que siempre ocurre cuando uno recibe una paliza. Llega el momento en que ya no siente los golpes. Sólo importa una cosa. El desquite.

Estuve a punto de caer, pero encontré una silla en mi camino. El sudor y la sangre me goteaban por la cara, pero mis ojos continuaban sanos porque no había recibido ningún golpe en ellos.

—Fuller —dije—, aún puede salvarse.

Fuller rió. Me pareció una máscara de carnaval. Una de esas máscaras que ríen y ríen perpetuamente.

—Todavía te crees el mejor, ¿verdad, Warner? Todavía piensas que nos puedes destruir. Eres un pobre soñador... No, Warner, tú ya no le podrás hacer daño a Kerrigan. Estás vencido y también lo está Spencer Reynolds. Le obligaremos a retirarse de la elección. Todo fue bien planeado. Debiste imaginar que nunca consentiríamos que un entrometido nos estropease el plan.

—No lo conseguirán.

Sólo quería excitarlo para que me diese una oportunidad de recuperarme. Tiempo era lo que yo necesitaba.

«Por todos los cielos, concededme cinco minutos. No es nada. Sólo os pido cinco minutos y yo os daré el resto de mi vida. Trescientos condenados segundos. Es lo que yo quiero como gracia y me lo debéis conceder porque soy un condenado a muerte».

Fuller soltó otra carcajada, como si hubiese escuchado mi pensamiento.

—Eres un gusano, Warner. Y un gusano no puede hacer daño a hombres como nosotros. Para aplastarte, bastará un pie.

Me arrojé sobre él. Tony se interpuso en mi camino. Le pegué en la cara y se desplomó.

Fuller se vio por primera vez en peligro.

—¡Williams!

Williams ya estaba corriendo hacia mí. Le pegué un patadón en

el vientre y cayó retorciéndose.

Fui a proseguir mi camino hacia Fuller, pero ya Tony se había levantado y abatió su brazo con la cachiporra. Oí un golpe seco cuando se produjo un impacto en mi cráneo y caí en una sima profunda. Caí y caí. Seguí cayendo mucho rato en aquel tubo donde sólo había oscuridad y frío.

CAPÍTULO XII

La máscara con las facciones de Fuller seguía riendo.

Tenía motivos para reírse porque él había ganado.

No sé cuánto tiempo pasó. Lo mismo pudo ser una hora que un siglo. Mi cuerpo ya era insensible a todo. Al dolor y al presente.

Pero al fin desperté. Estaba en el suelo. Oí un gemido y creí que había brotado de mis labios, pero me di cuenta de que no había sido yo.

Era Hamilton. Estaba tendido también sobre el piso.

Me arrastre hacia él.

—John —lo llamé.

Abrió los ojos y me miró.

—Bienvenido a casa, Rex. Al fin lo logramos. Vencimos, muchacho.

Estaba delirando y las cosas que decía eran como dardos que se me clavaban en el pecho.

—Rex, ¿por qué no hablas?... Di que les ganarnos. ¿Verdad que sí, muchacho?

—Sí, John —le contesté y nunca lo había hecho con tanta amargura.

Se abrió la puerta y apareció Tony. Se quedó en el hueco. Fumaba un cigarrillo.

—¿Quién es, Rex? —preguntó John.

No le contesté.

Tony soltó una risita.

—¿Por qué no le respondes a tu amiguete el chupatintas?

—Vete al infierno.

—¿Quién es? —repitió Hamilton.

—Tony Irving.

—Mátalo, Rex. Es un bicho... No puede estar con nosotros. Líquidalo.

Era lo que yo hubiese querido.

Tony rió otra vez.

—Estamos esperando la orden del jefe, Warner.

—Quiero hablar con Fuller.

—Ya se fue.

—Llámallo.

—No, Warner... Todo quedó claro. Fuller será quien haga la llamada y, en cuanto llegue su voz por el hilo, se os habrá acabado la cuerda. ¿Te das cuenta, Warner? Vuestra vida depende de un hilo. ¿No te hace gracia el chiste?

No, yo no podía reír, pero él lo hizo estremeciendo los hombros y fue tanta su hilaridad que sus ojos se llenaron de lágrimas.

De pronto llamaron a la puerta.

—Williams —dijo Tony—, abre.

Oí pasos en la otra habitación y Williams abrió la puerta.

—¿Qué hace aquí, señorita? —preguntó.

—Traigo un mensaje del señor Fuller.

Era la voz de Olivia Pewin.

Aquello fue una fuente de energía para mí. Allí estaba ella, la traidora. Y traía un mensaje de Fuller. Naturalmente la condena de muerte. No, Fuller no había querido llamar por teléfono. Se había valido de Olivia para hacernos llegar la sentencia.

—¿Qué mensaje? —preguntó Williams.

—Éste.

—¿Eh, qué hace, señorita Pewin?

—Échese atrás y tenga cuidado... Dispararé sin pestañear y eso también vale para usted, como quiera que se llame. Entren allí los dos.

Entró Tony y luego Williams y por fin apareció Olivia con una pistola en la mano.

Tony gritó:

—Señorita Pewin, ¿sabe lo que está haciendo?

—Lo sé.

—Está al servicio del señor Kerrigan.

—Sí.

—Estos dos hombres son sus enemigos.

Yo me levanté y corrí hacia Tony. Le pegué con el filo de la mano en el cuello.

Tony emitió un alarido que me pareció musical.

Williams me disparó la pierna al vientre, pero salté a un lado y le repliqué con un izquierdazo al maxilar. Cayó como un sapo.

Tony apenas se movía y Williams perdió el sentido.

Miré a Olivia.

—Hola —le dije.

—Hola, sabueso.

—¿Por qué hiciste esto?

—Vi cómo te atrapaban desde la ventana y entonces estuve dispuesta a creerte.

Cerré los ojos y los volví a abrir. Había deseado tener su cuello entre mis dedos para partírselo y resultaba que ella era mi salvadora. Ella salvaba mi vida y la de Hamilton.

—Gracias, Olivia —le quité la pistola.

Oí la voz de Hamilton.

—Rex, dime que vencimos...

Fui a su lado y le sonreí.

—John, vamos a ganar.

—¡Cuidado, Rex! —gritó Olivia.

Me volví. Williams y Tony estaban sacando sus pistolas.

Me puse a disparar lleno de rabia. Cuatro balas para Tony y dos balas para Williams.

Tony estrelló la espalda contra la pared y se retorció mientras moría.

Williams había dejado de existir al primer impacto, porque lo recibió entre los dos ojos.

Olivia se cubrió el rostro horrorizada.

—Eran dos asesinos —le dije—. Ayúdame, Olivia. Tenemos que levantar a Hamilton. Casi lo trituraron.

—Traje el coche. Lo tengo en la puerta.

—Buena chica.

Salimos de allí arrastrando a Hamilton. Yo conservaba la pistola en la mano por si surgía un fulano. Pero nadie apareció. Fuller había confiado en Tony y en Williams como verdugos, y era lógico puesto que se trataba de dos tipos eficientes.

John y yo ocupamos el asiento trasero y Olivia se puso al volante.

—¿Adónde quieres ir, Rex?

—A la clínica más cercana para dejar a Hamilton.

—Tengo un amigo doctor. Vive cerca de aquí.

—Es lo que necesitamos. Alguien que no haga preguntas. No tengo tiempo para contestarlas.

El doctor resultó llamarse Ernest Hubert y vivía a quince minutos de aquella estación de servicio. Le dije que Hamilton había recibido una paliza de dos matones y que más tarde le informaría.

El doctor tenía una buena amistad con Olivia y prometió atender con todo cuidado a Hamilton.

—Hasta luego, Olivia —dije.

—Espera, Rex.

No esperé. Salí muy aprisa de la clínica.

Pero Olivia también corrió y me alcanzó cuando iba a entrar en su auto.

—Rex, ¿dónde vas?

—A por Harold Kerrigan.

—No puedes hacer eso tú solo.

—¿Quién dice que no?

—¿No te has visto en un espejo?

—Ya estoy otra vez en forma.

—Te estás cayendo.

—Descuida, no me caeré.

—Por lo que más quieras, Rex, concédete un poco de tiempo.

—No puedo.

—Kerrigan no se va a marchar de Nueva York.

—Pero maté a dos hombres en la estación de servicio. Fuller llamará de un momento a otro allí, si no ha llamado ya, y sabrá lo que ha pasado. ¿Qué crees que van a hacer? Serían capaces de recurrir a la policía para informarles de que un loco asesino está suelto, y ese loco asesino será yo... Ya te veré, Olivia.

Pero ella se metió en el coche y ocupó el volante.

—De acuerdo, Rex. Yo te llevaré.

—¡Sal de ahí!

—No me da la gana.

—Te digo que salgas.

—Soy la secretaria de Kerrigan. Yo te proporcionaré la entrada a la casa. Si vienes conmigo, no te pasará nada.

—Pero puede pasarte a ti.

—Nadie sabe que yo te libré de esos dos asesinos, grandísimo testarudo. Yo te daré una idea. Me has obligado a acompañarte con la pistola.

Me senté a su lado y ella arrancó.

Reí por lo bajo.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó.

—Ahora comprendo que es verdad lo de tus células grises. Sabes pensar, muchacha.

—Muy amable, caballero.

Saqué el paquete de cigarrillos.

—Dame uno —dijo Olivia.

Encendí dos y le puse uno de ellos en los labios. Inhalé profundamente y dije mientras expulsaba el humo:

—Olivia, si esto sale bien, te vas a quedar sin trabajo. Ella se encogió de hombros.

—No me importa. Tengo para elegir. Me preocupa más otra cosa.

—¿El qué?

—Tú, cabezota...

—No te preocupes. Sabré arreglármelas.

—Tienes demasiados enemigos al otro lado.

—Agarraré la sartén por el mango.

—Pueden obligarte a que la sueltes.

—No, eso no ocurrirá —sonreí con ferocidad.

—Me das miedo, Rex.

—¿Por qué?

—Por el brillo de tus ojos... Temo que te hayas convertido en una fiera.

Ella tenía razón.

Al cabo de un rato, Olivia dijo:

—¿Por qué no me dejas hablar con Kerrigan?

—¿Y qué le dirías?

—Que está desenmascarado. Que no tiene nada que hacer. Él lo comprendería.

—Entiendo, y tú crees que presentaría su renuncia como candidato al Senado.

—Es posible.

—Ése sí que fue un buen chiste. No, Olivia. Kerrigan no

renunciaría nunca, a pesar de tus acusaciones. Y tampoco valdría que le dijese que está desenmascarado. Kerrigan ha luchado toda su vida por ser un hombre importante y ahora está a punto de llegar a la cúspide. Barrerá a quién se le ponga por delante, sin importarle la vida de una persona o la de mil.

CAPÍTULO XIII

Como era de esperar, Kerrigan vivía en una casa residencial, defendida por altos muros, con un hermoso portón que cruzamos porque estaba abierto.

Vi un precioso jardín, dos pistas de tenis, una piscina.

—Kerrigan sabe cuidarse —dije.

—Tengo la impresión de que nos metemos en la boca del lobo.

—Yo también.

—¿Crees que la audacia rinde beneficios?

—¿Y que son ellos? Sólo audaces, Olivia.

—Lo admito, pero saben dónde ponen los pies. No dan un paso adelante hasta estar firmes.

—He visto a tipos que se creían firmemente asentados, y de pronto se dieron cuenta de que pisaban tierra movediza.

—Me gustaría que eso le ocurriese a Kerrigan.

Observé la casa al fondo, enorme, con columnas griegas en el porche. Kerrigan era un buen abogado, de los mejores. Se había casado con una dama que pertenecía a la crema de Boston. Todo lo de Kerrigan tenía que ser de lo mejor.

Olivia detuvo el auto junto a la cochera. Había otros tres. Un chófer con uniforme lavaba uno de los vehículos con una manguera. Yo tenía la mano en el bolsillo para simular la comedia de que había obligado a Olivia a llevarme allí.

—Recuerda tu papel —le dije.

—No se me olvidará.

Ella le dirigió una forzada sonrisa al chófer y él le contestó con otra.

Fuimos a la casa sin contratiempos.

Olivia apretó el timbre y nos abrió un criado.

—¿Está el señor Kerrigan?

—Sí, señorita Pewin. En la biblioteca.

—Gracias.

Olivia me precedió en el camino a la biblioteca. Dejamos atrás al criado. Cruzamos el gran vestíbulo apartándonos de la escalera principal. Había una puerta a la derecha que estaba abierta y por ella se filtraban voces.

Olivia y yo entramos en la biblioteca.

Me quedé perplejo y eso no se debió a Kerrigan, el abogado a quién yo conocía por haber visto sus fotografías en los diarios. Estaba hablando con una persona. Con Helen Martin, la secretaria de Spencer Reynolds. Ella, al reconocermé, empezó a enrojecer.

—Hola, señorita Martin —la saludé—. ¿Cambiano impresiones con el rival de su jefe?

Quedó sin habla y solté una risita.

—Ahora comprendo muchas cosas, Helen.

Kerrigan se levantó del sillón donde estaba sentado.

Era un hombre alto, con sienes plateadas. Parecía gozar de buena salud y su rostro poseía facciones correctas.

—¿Quién es su acompañante, Olivia?

—Rex Warner, detective privado.

—¿Cómo lo trajo aquí?

Saqué la mano del bolsillo y mostré la pistola.

—La obligué, señor Kerrigan.

—No comprendo.

—Me cansé de que me pegasen sus esbirros, y decidí que usted y yo teníamos que vernos las caras.

—¿Se encuentra bien, señor Warner?

—Nunca me encontré mejor, a pesar de mi aspecto.

—Siento contradecirle, pero me temo que necesita los cuidados de un médico.

—¿Por qué no dice de un siquiatra, señor Kerrigan?

—¿Cree usted que es un siquiatra?

No, yo no podía competir con aquel hombre en dialéctica. Era un gran abogado y, frase por frase, me devolvería todas las ironías con sarcasmo. Estaba acostumbrado a confundir a los testigos de la otra parte con sus preguntas. Había leído muchas crónicas judiciales en las que Harold Kerrigan era el primer actor, un jurisconsulto que convertía cada uno de sus casos en un «*show*» digno de Frank Sinatra.

Tosió suavemente.

—Le explicaré la presencia de la señorita Martin, señor Warner.

—Inténtelo.

—Quiero llegar a un acuerdo entre caballeros con Spencer Reynolds. Me tomé la libertad de invitar a la señorita Martin para que propusiese al señor Reynolds mi sugerencia de que debemos competir noblemente.

—Qué cínico es usted.

—¿Cómo ha dicho?

—Cínico.

—Señor Warner, ¿olvida que está en mi casa? Le voy a pedir que la abandone.

—¿Olvida que tengo una pistola? ¿O está cegato?

—He visto muchas armas en mi vida.

—Lo imagino. En un juicio.

—Y fuera de ellos.

—Pero nunca una pistola le apuntó a la barriga, Señor Kerrigan, a partir de este momento usted no debe olvidar eso. Puedo disparar en una fracción de segundo. Y la bala le acertará en el ombligo.

—No creo que usted se atreva a convertirse en un asesino.

—Ya maté a dos de sus hombres.

—¿A quiénes?

—A Tony Irving y a Williams Harrison.

—No sé a quiénes se refiere. Nunca oí esos nombres.

—Astuto, muy astuto, señor Kerrigan. Para todo tiene respuesta. Sorprendo a una traidora aquí y usted dice que está tratando de llegar a un acuerdo de caballeros con su rival en la campaña política... Ahora dice que nunca oyó hablar de Tony Irving, el hombre que asesinó a Frank Howard por encargo suyo.

—Jamás ordené matar a nadie.

—Esta vez se le aguyó la fiesta, señor Kerrigan.

Una voz dijo:

—Al único que se le aguyó la fiesta fue a ti.

Era Fuller. Pero no estaba solo. Venía acompañado por dos matones, ambos llevaban pistolas. Sólo Fuller tenía las manos limpias. Bueno, las tenía más sucias que un carnicero después de degollar a un puerco.

—Baja esa pistola, Warner —ordenó Fuller.

No la bajé porque tal como estaban las cosas, era mejor que me llevase por delante a Kerrigan.

Fuller me adivinó el pensamiento porque dijo con mucha rapidez:

—Matad a Olivia Pewin si no baja la pistola.

Aquello fue un golpe mortal para mí. Dejé caer la pistola. Kerrigan había enarcado las cejas.

—Fuller, ¿por qué dijiste eso?

—Olivia Pewin trajo aquí a Rex Warner.

—La trajo a la fuerza. Con la pistola.

—No, señor Kerrigan.

—¿No?

—Olivia lo acompañó voluntariamente.

—No es posible.

—Olivia salvó a Warner y a Hamilton de morir en la estación de servicio Júpiter.

Kerrigan clavó los ojos en la directora de publicidad de su campaña electoral.

—Dígame que no es cierto, Olivia.

La joven levantó la barbilla y contestó.

—Señor Kerrigan, es mejor que lo sepa de una vez por todas. Ahora ya sé quién es usted. Un miserable.

—Me ha engañado.

—Usted me engañó a mí antes. Se presentó ante mis ojos como un hombre que quería hacer el bien al país desde el Senado. Y yo fui tan ingenua que lo creí. Pero Warner me ha quitado la venda de los ojos. Todas sus acusaciones han resultado ciertas. Usted está con los de la Mafia.

—Cuánto siento la muerte de mis colaboradores.

—No diga estupideces. Usted no siente la muerte de nadie.

—Se equivoca. Voy a sentir mucho su pérdida, Olivia. Era una chica inteligente y, con el tiempo, creo que usted y yo habríamos sido algo más que un jefe y su secretaria.

—¿Pretende halagarme diciendo que se iba a divorciar de su esposa?

—No, querida. Eso no. Pero habrías ocupado el segundo lugar después de ella.

—¿Se cree un jeque de Arabia?, ¿iba a tener también tu harén?

—Siempre me ha gustado rodearme de mujeres hermosas.

—Y yo habría sido su favorita.

Comprendí lo que Olivia estaba haciendo. Hablaba y hablaba con Kerrigan para darme una oportunidad. Pero su esfuerzo no servía para nada porque los matones me seguían apuntando con sus armas.

—Señor Kerrigan —dijo Helen. Martin—, si no me necesita, quisiera marcharme.

—Puedes irte, Helen —le contestó el abogado asesino—. Esta noche le daremos, el golpe de gracia a Reynolds. Serás recompensada debidamente.

—Gracias, señor Kerrigan.

Helen vino hacia mí para salir de la biblioteca. Se detuvo y me sonrió.

—Lo hiciste todo muy bien, pero perdiste, Warner.

—Es un estupendo epitafio.

—Hasta la vista.

—¿No me vas a devolver el beso que te di?

Con la mayor naturalidad, la cogí por la cintura. Pero no la besé porque ésa no era mi intención. La lancé contra los matones. Uno de ellos disparó.

Helen lanzó un grito.

Yo ya tenía otra pistola en la mano. No habían contado con que en la estación de servicio me había armado con una buena artillería.

Disparé rápidamente, sin detenerme porque había pasado el momento de las frases versallescas.

Una bala para un matón, otra para el segundo matón.

Quería atrapar vivos a Kerrigan y a Fuller para hacerlos cantar pero el destino intervino. Kerrigan me vio de espaldas y se arrojó sobre la pistola que yo manejaba al llegar allí.

—¡No lo haga, Kerrigan! —le grité.

No me hizo caso.

Tuve que mandarle un plomo que le pegó en el centro del pecho.

Fuller en cambio se convirtió en jalea. Se puso a chillar como una mujer histérica.

—¡No dispaes, Rex!... ¡No dispaes! ¡Me entrego!

Kerrigan boqueó.

—Warner...

—¿Qué quiere, abogado?

—No eligió bien su bando.

—Yo creo que sí.

—¿Piensa acaso que Reynolds es mejor que yo?

Pensé en Reynolds, en lo que había, hecho su mujer, en su silencio. No, Reynolds no estaba limpio pero no pertenecía a la Mafia. Si Reynolds resultaba elegido, de él dependería que su trabajo fuese bueno o malo para el país.

Pero no pude contestar a Kerrigan porque cuando fui a hacerlo, él ya había muerto.

Hamilton estaba en la cama y cuando hubo escuchado el final de la historia sonrió.

—Ahora sí que les ganamos, John.

—Fue gracias a ti. Hiciste lo más importante.

—Puesto a soltarnos flores, creo que todas se las merece Olivia. Ella nos sacó de la ratonera.

Me puse en pie.

—¿Y Helen Martin? —preguntó.

—No morirá. Sólo recibió una herida de la que curará en un par de semanas. Saldrá bien librada con una condena. Es una mujer atractiva y eso impresiona a los jurados. Pasaré mañana a verte.

Abandoné la clínica. Ahora estaba cansado, muy cansado, y necesitaba dormir. Había pasado dos horas en una comisaría contestando a las preguntas de los policías y hubo uno de ellos que me felicitó. Un teniente honrado llamado Charly Vincent.

Entré en mi apartamento y oí que sonaba el teléfono. Descolgué.

—Aquí Rex Warner.

—Warner, soy Spencer Reynolds. Quiero darle las gracias por todo lo que hizo.

—No hubo de qué.

—Quiero decirle también que me retiro de la carrera política.

—¿Usted?

—Estoy en mi casa, con el teniente Charly Vincent. Le he contado toda la historia. Naturalmente, también lo de mi mujer. Ellos se han hecho cargo del cadáver de su amigo Frank Howard. He llegado a la conclusión de que ni Kerrigan ni yo éramos las personas más aptas para ocupar el cargo de Senador. Elegirán al juez Perkins. Es un hombre honrado, pero no tiene poder político.

Yo lo apoyaré a partir de ahora.

—Creo que su decisión es buena.

—Algo más, señor Warner. Mi mujer me ha contado que Frank Howard supo que los matones de Kerrigan lo seguían.

—Por eso me llamó.

—Le mandaré el cheque por veinticinco mil dólares.

—No le acepté como cliente.

—Sin embargo, usted se ganó una recompensa. Trabajó para un muerto sin preocuparse de lo que recibiría a cambio. Buenas noches, señor Warner.

Dejé el receptor en la horquilla.

Caminé tambaleándome hasta el baño y me quité la ropa. Dejé correr el agua caliente y fue una bendición.

Entonces oí que se abría la puerta. Sería algún matón de la Mafia. ¿Cómo no lo había pensado antes? Yo había acabado con sus posibilidades de tener su representante en el Senado.

Salte del baño, cogí la pistola y rápidamente me cubrí con el albornoz.

Ningún ruido me llegaba de la otra habitación. El tipo se había escondido, a la espera de que yo saliese del cuarto del baño.

Me puse en cuclillas y pegué un gran salto hacia el dormitorio.

—Hola sabueso —me dijo Olivia Pewin.

Yo estaba de rodillas en el suelo, apuntándola con el arma.

—Olivia, ¿sabes una cosa? Me has dejado inútil.

—¿Por qué?

—Mis rodillas. Me las he hecho polvo —contesté casi a punto de echarme a llorar por el dolor.

Vino a mi lado, y también se arrodilló, me quitó con suavidad la pistola de la mano, y la dejó en el suelo.

—Pobrecito mío —dijo—. Está inútil. No puede mover los brazos ni las piernas.

Lo dijo mirándome a los ojos con la seducción de Cleopatra, de Lucrecia Borgia, y de un par de miles de mujeres como ellas.

Bueno, hermano. Puede apostar todo su dinero a que, a partir de ese momento, dejé de ser un hombre inútil.



6.000
NOVELAS DEL OESTE,
MILLONES DE LECTORES
DE LENGUA HISPANA,
MÚLTIPLES TRADUCCIONES
Y VARIAS ADAPTACIONES
CINEMATOGRAFICAS...

son claro exponente del éxito
sin precedentes alcanzado por
las colecciones populares de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.



